
EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN SACRA THEOLOGIA

CUADERNOS
DOCTORALES
DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA
UNIVERSIDAD DE NAVARRA / PAMPLONA / ESPAÑA



Universidad
de Navarra

LUIS RAMÓN QUESADA BÉJAR

La Teología espiritual
del trabajo alrededor
del Concilio Vaticano II

VOLUMEN 65 / 2016

SEPARATA

EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN SACRA THEOLOGIA

CUADERNOS DOCTORALES

DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA / UNIVERSIDAD DE NAVARRA
PAMPLONA / ESPAÑA / ISSN: 0214-6827
VOLUMEN 65 / 2016

DIRECTOR/ EDITOR

J. José Alviar
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

VOCALES

Juan Luis Caballero
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Fernando Milán
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

SECRETARIO

José María Pardo
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Esta publicación recoge los extractos de las tesis doctorales defendidas en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

La labor científica desarrollada y recogida en esta publicación ha sido posible gracias a la ayuda prestada por el Centro Académico Romano Fundación (CARF)

Redacción, administración, intercambios y suscripciones:
Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia.
Facultad de Teología.
Universidad de Navarra.
31080 Pamplona (España)
Tel: 948 425 600.
Fax: 948 425 633.
e-mail: faces@unav.es

Edita:
Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, S.A.
Campus Universitario
31080 Pamplona (España)
T. 948 425 600

Precios 2016:
Suscripciones 1 año: 30 €
Extranjero: 43 €

Fotocomposición:
pretexto@pretexto.es
Imprime:
Ulzama Digital
Tamaño: 170 x 240 mm

DL: NA 733-1984
SP ISSN: 0214-6827

EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN SACRA THEOLOGIA

CUADERNOS DOCTORALES

DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

VOLUMEN 65 / 2016

Alfonso Fernando GARCÍA-HUIDOBRO CORREA

El maná en la tradición bíblica

5-69

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Francisco Varo

Ricardo Vladimir FERNÁNDEZ SANABRIA

El dato biológico en la reflexión moral sobre la vida humana naciente.

Valoración del tema en los escritos de A. Hellegers, J. Diamond,

B. Häring y R. McCormick

71-147

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. José M^a Pardo

Luis Ramón QUESADA BÉJAR

La Teología espiritual del trabajo alrededor del Concilio Vaticano II

149-217

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Pablo Martí

Adolfo Luis QÜERIO CASAS

El pensamiento teológico-moral de Charles R. Pinches

219-312

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Tomás Trigo

Ignacio MIRÓN LÓPEZ

La espiritualidad del matrimonio en la Teología del cuerpo de San Juan Pablo II

313-393

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Pablo Martí

Daniel Ricardo DE BONI ARGENTA

A Teologia da missão nas obras de São Gregório Magno

395-471

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Juan Antonio Gil

Paweł BŁAŻEWICZ

El *ethos* espiritual en el *Ad adolescentes* de san Basilio de Cesarea.

Una aproximación filológica

473-555

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Marcelo Merino

Universidad de Navarra
Facultad de Teología

Luis Ramón QUESADA BÉJAR

La Teología espiritual del trabajo alrededor del Concilio Vaticano II

Extracto de la Tesis Doctoral presentada en la
Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

Pamplona
2016

Ad normam Statutorum Facultatis Theologiae Universitatis Navarrensis,
perlegimus et adprobavimus

Pampilonae, die 18 mensis maii anni 2016

Dr. Paulus MARTI

Dr. Rodericus MUÑOZ

Coram tribunali, die 17 mensis iunii anni 2015, hanc
dissertationem ad Lauream Candidatus palam defendit

Secretarius Facultatis
D. nus Eduardus FLANDES

Cuadernos doctorales de la Facultad de Teología
Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia

Vol. LXV, n. 3

Presentación

Resumen: La finalidad de la tesis es estudiar los principales desarrollos de la teología contemporánea sobre el trabajo, y sus aportaciones con relación al papel que desempeña esta actividad en la vida espiritual cristiana.

Comenzaremos nuestra investigación con las obras y artículos de M. D. Chenu, Gustave Thils, cardenal Wyszynski, P. Todolí, H. Rondet, y Ph. Delhaye, que han sido, y en parte siguen siendo, el comienzo del itinerario de la teología del trabajo. Como segundo paso, realizaremos un análisis de nuestro tema en el Concilio Vaticano II: preparación, discusiones, reuniones, esquemas, y documentos oficiales del Concilio. Dedicaremos especial atención a *Gaudium et spes*.

La temática siguiente de nuestro estudio será la encíclica *Laborem exercens* junto con otros documentos de san Juan Pablo II, donde se pone de manifiesto un nuevo paso adelante en la enseñanza espiritual del trabajo.

Por último, nos referiremos a las publicaciones de José Luis Illanes pues sus enseñanzas teológicas nos ofrecen una de las experiencias más luminosas para la espiritualidad del trabajo. Como anexo, incluimos una entrevista realizada al Dr. Illanes.

El esquema fundamental de la tesis es: el trabajo, acción de la persona, lleva al hombre y su mundo hacia Dios; el trabajo del hombre participa en la obra de la Creación, en el misterio de la Redención unido a la Cruz de Cristo y en el misterio de la Eucaristía. En definitiva, el cristiano, realizando su quehacer profesional, se une e identifica con Cristo.

Palabras clave: Teología espiritual, trabajo, Concilio Vaticano II.

Abstract: The purpose of this thesis is to study the main developments of the contemporary theology about work and its contributions relation to the role of this activity in christian spiritual life.

We will begin our investigation with the work and articles of M.D. Chenu, Gustave Thils, Cardinal Wyszynski, P. Todolí, H. Rondet and Ph. Delhaye, who have been, and partly still are, the founders of the study of work theology. Secondly, we will make an analysis of this topic in the Second Vatican Council: preparation, discussion, meetings, schemes and official Council documents. We will pay special attention to *Gaudium et Spes*.

We will carry on with our study by revising *Laborem exercens* along with other Saint John Paul II's documents, where a step forward in spiritual work teaching is taken.

Eventually we will take into account the publications of José Luis Illanes, as his spiritual teachings offer us one of the most luminous experiences about work spirituality. As an appendix, we attach an interview with Dr. Illanes.

We will follow this index along this thesis: The work, person's action, leads the man and his world to God; the man takes part in the Creation's work, in the redemption's mystery with the Cross of Christ and in the Eucharist's mystery. Summing up, the christian, by his everyday work, joins and identifies with Christ.

Keywords: Spiritual Theology, work, Second Vatican Council.

Aunque la sociedad está continuamente evolucionando, se puede decir que en los últimos siglos se ha experimentado un cambio considerable en la humanidad.

Nos referimos a cómo desde el siglo XVIII hay un avance importante en las ciencias, en la cultura, en la política, en la religión, etc. Estos avances se compaginan con años de guerras, revoluciones, nacimiento de países, y grandes cambios sociales. A modo de ejemplo, se puede citar la Revolución Francesa, el nacimiento de los Estados Unidos de América, o el descubrimiento, realizado por Newton, de la teoría de la gravedad.

A finales del siglo XVIII, empieza una gran revolución industrial con un progreso en la técnica, que cambia el trabajo manual por la fabricación en serie, el mundo agrícola por la producción industrial.

Primero aparece el concepto de «división de trabajo» que implica usar esta actividad de modo más eficaz. Después existe un significativo progreso que podemos denominar «la técnica del trabajo»: aparece la máquina como elemento principal de la industria, se comienza con la especialización en el trabajo, hay grandes masas obreras que prestan sus servicios en las zonas industriales, se crean los sindicatos, etc.

Estos avances hacen que el hombre, como integrante de la sociedad y protagonista del trabajo, empiece a ocupar un segundo plano. Lo importante es la técnica, la máquina, etc., y como contrapartida, la producción de la industria, el comercio, la riqueza.

Para corregir esta tendencia entra en escena un nuevo orden social basado en un individualismo que está incluido en un igualitarismo total. La persona no tiene cabida en este nuevo planteamiento. Los individuos se agrupan en la empresa. Aquí se debe obtener el máximo rendimiento posible. El trabajo se desempeña a cambio de una retribución.

El fracaso de este tipo de orden social fue total y visto con la perspectiva de los años transcurridos, evidente.

Muy cerca de la época contemporánea y desde el punto de vista económico, se empieza a tener en consideración a la persona como principio de acción necesaria para alcanzar el objetivo de la empresa. Lo importante es el trabajo que desempeña la persona. Existirá más bienestar, más rendimiento económico, más servicio, etc. de la empresa y hacia el conjunto de la sociedad en la medida en que se cuide la dignidad del hombre que trabaja¹.

Si continuamos con las distintas ciencias que estudian esta actividad, nos encontramos que actualmente, desde la Sociología, se valora la creatividad en

el trabajo donde el hombre es el sujeto. Este planteamiento es lo más opuesto al modelo de industrialización, al que estamos tan acostumbrados y donde el hombre pasa casi por ser un objeto. Conlleva una rehumanización del trabajo donde la técnica, la burocracia, la organización, aunque sin abandonarlas, se colocan en un segundo plano.

Esta creatividad en el desempeño de la labor profesional da lugar a un enriquecimiento en la persona del factor relacional, de las relaciones sociales del trabajo, pues se realizan con mayor libertad, iniciativa, con más «soltura», etc. Esta situación también supone un mayor rendimiento en el trabajo.

La creatividad es una cualidad de la persona y por tanto si se cuida, se atiende al hombre.

Aquí es donde se encuentra la base ética de la empresa: hacer del trabajo una actividad propiamente humana².

En la ciencia histórica también se considera al trabajo como la actividad típica y exclusiva del hombre.

El trabajo no es alienación, ni instrumento de lucha de clases, ni algo negativo de lo que el hombre se debe desligar. Es la noble dignidad de la persona³.

Por último, si acudimos a la ciencia de Aristóteles, y más concretamente, a la Antropología, encontramos dos posturas sobre el trabajo.

Una, la clásica, donde el hombre va más allá del mundo material con su voluntad libre y conocimiento teórico, que lucha e intenta asemejarse a Dios. Aquí prima la virtud y la contemplación.

La otra postura es la moderna. El hombre, ser racional que vive en el mundo, domina, con la ciencia y la técnica, la naturaleza. Lo principal es la producción y el saber científico. En lugar de tender a Dios, se pretende sustituirlo⁴.

El protagonista de todas estas posturas y cambios que afectan al trabajo y le conciernen es el hombre. El trabajo no existiría sin el hombre. No se puede hablar del trabajo sin mencionar al hombre. Si el hombre evoluciona, también evoluciona el trabajo.

Es evidente que el trabajo es un quehacer humano, una comunicación del hombre con las cosas del exterior que le rodean, con el mundo. A la vez es personal, pues está realizado por una persona; social pues coopera y es solidario con otros hombres; transitivo y cósmico, pues proyecta al hombre con el mundo exterior y desarrolla su corporalidad. También es profesión pues sirve para ganarse el sustento diario y coopera con el bien común.

El trabajo ocupa un puesto principal en la sociedad de nuestros días. Es un tema que preocupa tanto individualmente como en general. Además, en épocas como la actual, es frecuente encontrar a personas desempleadas que experimentan la devaluación de su dignidad y autoestima por no poder trabajar.

Existe un gran acuerdo entre los estudiosos del trabajo al considerar esta actividad como principal para el hombre⁵.

Como se procuró hacer ver en nuestro estudio, la dignidad del hombre, imagen de Dios, es el fundamento que sustenta al trabajo para que sea una dimensión primordial en la vida del cristiano.

EVOLUCIÓN DE LA LLAMADA A LA SANTIDAD

Aunque no se trata de hacer un recorrido histórico, debemos referirnos a algunos acontecimientos o personajes de la historia de la espiritualidad⁶ que nos introducirán en el objeto de nuestro estudio.

Desde los primeros momentos del cristianismo se hizo referencia a la llamada universal a la santidad aunque no en un estudio sistemático. Los tratados se utilizaban como defensa de la recién nacida religión y se centraban más en los dogmas y en asuntos apologéticos. A modo de muestra, baste recordar a san Juan Crisóstomo que aboga por la santidad de cualquier cristiano en las realidades ordinarias de la vida⁷.

Santo Tomás trata el «estudio» como virtud que dirige el *facere* (hacer, fabricar, producir, construir) humano hacia la santidad, pero considera a las ocupaciones seculares como un obstáculo para la perfección personal.

En 1609, S. Francisco de Sales, que sería proclamado dos siglos más tarde doctor de la Iglesia, publica su obra *Introducción a la vida devota*, en la que anima a todos a practicar la virtud, según las ocupaciones y deberes de cada estado.

Estas breves pautas nos muestran ligeros cambios en el planteamiento de la llamada de la santidad.

Así podríamos continuar hasta la época contemporánea pues la Teología Espiritual ha experimentado a lo largo del siglo XX desarrollos muy notables. Hasta el punto de que se puede hablar de una nueva etapa en la reflexión teológica sobre la vida espiritual. Illanes justifica esta evolución por los cambios ocurridos en la vida y en la teología de la Iglesia⁸. Más en concreto, por todo lo relacionado con el desarrollo de la llamada universal a la santidad en la vida de la Iglesia, el movimiento y teología del laicado, y el crecimiento de la reflexión teológica sobre la espiritualidad cristiana⁹.

EL TRABAJO COMO MEDIO DE SANTIFICACIÓN

En este contexto, tanto el acontecimiento del Concilio Vaticano II como el tema del trabajo, suponen un ámbito claro de reflexión para la Teología Espiritual actual. Y eso nos propusimos: estudiar los principales desarrollos de la teología contemporánea sobre el trabajo, y sus aportaciones con relación al papel que desempeña el trabajo en la vida espiritual cristiana.

El trabajo es una dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra. De hecho, S. Juan Pablo II llega a afirmar que «el trabajo humano es una clave, quizá la clave esencial, de toda la cuestión social»¹⁰.

También, es elemento indispensable para la realización de la persona. En este sentido, debemos encuadrarlo dentro de la realidad del hombre imagen de Dios y de su vocación a la santidad en unión con la Trinidad. Además, el trabajo representa uno de los núcleos centrales de la edificación de la sociedad y del mundo, en la que el cristiano debe colaborar instaurando el testimonio del evangelio.

Muchos han sido los estudios sobre el trabajo desde distintas perspectivas y saberes: filosofía, economía, sociología e historia¹¹. Por ello no podría faltar la reflexión teológica y el análisis desde la espiritualidad. Las realizaciones que presenta el trabajo y sus complejidades para la persona (el paro, la conciliación con la familia, la integración con la fe, etc.) hacen necesario el estudio profundo de estas verdades y justifica nuestra tesis.

Frente a un materialismo práctico y utilitarista, que deja al margen lo divino, y frente a un materialismo teórico marxista, se deben exponer las soluciones cristianas y se debe hacer desde la vida de los cristianos.

Solo una armonía entre el sentido objetivo y subjetivo del trabajo centrada en la persona, imagen de Dios en Cristo, puede indicarnos el camino seguro.

Por ello, la comprensión del trabajo –teología del trabajo– y su papel en la comunión del hombre con Dios –teología espiritual del trabajo–, debe relacionarse con los misterios centrales de la fe cristiana. En concreto, el misterio de la Creación; el misterio de Cristo como hombre del trabajo; el misterio de la Cruz y la Resurrección desde donde Cristo atrae todas las cosas; el misterio de la Eucaristía y la liturgia de un culto espiritual; y el misterio de la relación escatología e historia y progreso de los hombres. A partir de estas claves, podemos llegar a comprender con más profundidad el «Evangelio del trabajo», según la expresión de S. Juan Pablo II en *Laborem exercens*.

NUESTRA EXPOSICIÓN

Para realizar este objetivo, en la tesis se siguió un itinerario cronológico en los desarrollos de la teología sobre el trabajo antes del Vaticano II, en los documentos del Concilio y en los estudios posteriores.

En una monografía sobre la santificación del trabajo, José Luis Illanes afirmaba que «la Teología Espiritual ignoraba, en efecto, el tema del trabajo. Baste remitir a tres de los más conocidos manuales de teología espiritual. Tanquerey, en su *Compendio de Teología Ascética y Mística* (1ª ed., 1923), apenas dedica tres páginas al tema de la santificación del trabajo, y eso dentro del capítulo titulado “Santificación de la vida de relación”. En *Las tres edades de la vida interior*, de Garrigou-Lagrange (1ª ed., 1938), o en la *Theologia spiritualis* del profesor de la Gregoriana, J. de Guibert (1ª ed., 1937), del trabajo ni siquiera se habla; la misma suerte corre el tema de los deberes de estado»¹².

Ahora bien, en las décadas de los años cuarenta-cincuenta del siglo pasado, varios teólogos publican distintas obras en las que aparece, como tema fundamental, el carácter teológico espiritual del trabajo o de las realidades terrenas. Nos referimos a los siguientes:

- Marie Dominique Chenu: 1941, *Spiritualité du travail*; 1955, *Pour une théologie du travail*.
- Gustave Thils: 1946, *Théologie des réalités terrestres I Préludes; Théologie des réalités terrestres II Théologie de l'Historie*; 1950, *Transcendance ou incarnation? Essai sur la conception du christianisme*; 1958, *Sainteté chrétienne: précis de théologie ascétique*.
- Cardenal Wyszynski: 1946, *Duch pracy ludkiej*.

Junto a estas obras, en algunas revistas teológicas aparecen esporádicamente artículos sobre el trabajo: 1952, *Revista española de teología*, «Teología del trabajo», escrito por el P. Todolí; 1955, *Nouvelle Revue Théologique*, «Éléments pour une théologie du travail», de H. Rondet; y en 1957, en la revista *L'ami du clergé*, Ph. Delhaye, publica «Théologie du travail».

Estas obras y estos artículos servirán como referencia para posteriores estudios. Han sido, y en parte siguen siendo, como el principio del itinerario de la teología del trabajo.

La elección de los autores citados se ha basado en la exposición que realizan en sus obras sobre la asociación de trabajo y vida cristiana, sobre una espiritualidad del trabajo. Hay numerosos autores que afrontan el trabajo desde el punto de vista teológico, filosófico, etc. pero pocos que unan trabajo y ora-

ción; trabajo y cruz; trabajo y vivencia cristiana; vivencia espiritual del trabajo. Este es el motivo por el que se descartan numerosos autores que no se adecúan a nuestra investigación.

Además, la participación en el Concilio Vaticano II de algunos de los teólogos que acabamos de citar, es bien conocida, siendo en algún caso relevante. De ahí, que para comenzar a estudiar la teología del trabajo en torno al Concilio Vaticano II, hubo que hacer referencia a estos autores.

Con el estudio de estos teólogos nos hemos cerciorado de cómo el concepto teológico del trabajo evoluciona con el paso del tiempo, y cómo contiene una serie de elementos que son comunes a todos los estudiosos de este tema.

Es ya una afirmación compartida por todos que el Concilio ha sido una especie de catalizador de la vida y teología de la Iglesia. Fue posible por todo el contenido existencial recibido de los años correspondientes a la primera mitad del siglo XX. Y, a la vez, del Concilio parten las directrices y líneas de fuerza de la Iglesia para los años posteriores.

Con relación a nuestro tema, el trabajo: teología y espiritualidad, la afirmación se cumple sobradamente. Por ello, como segundo paso en nuestra investigación, se vio necesario un análisis del evento conciliar donde el trabajo queda encuadrado dentro de la llamada universal a la santidad.

Se comenzó con el análisis de la ingente preparación del Concilio de la que extrajimos las sugerencias que realizan los distintos estamentos de la Iglesia sobre el trabajo. A continuación se investigaron los esquemas, discusiones, reuniones, etc. de las asambleas iniciales que concluirían en los documentos oficiales del Concilio.

Se estudió la llamada universal a la santidad (*Lumen Gentium*, capítulo 5), y, más específicamente, la santificación de las realidades temporales como camino de santificación propio del fiel común (*Lumen Gentium*, nn. 31-41, y *Apostolicam actuositatem*, n. 4). Especialmente nos hemos centrado en la reflexión sobre el trabajo de *Gaudium et spes*, con afirmaciones contundentes sobre la santificación del trabajo. Baste recordar a modo de ejemplo el número 67 de esta Constitución Pastoral¹³.

Se han tenido en cuenta las aportaciones que el entonces obispo auxiliar de Cracovia realiza en la elaboración de la Constitución pastoral y que luego veremos reflejadas en los distintos documentos de su Pontificado.

Posteriormente, en 1981, S. Juan Pablo II con la encíclica *Laborem exercens*, ofrece un nuevo paso adelante en la enseñanza espiritual sobre el trabajo y la vida cristiana. Fue la temática del capítulo siguiente. Tanto el contenido

de la encíclica, como los numerosos estudios en torno a ella, representan una fuente inestimable para la reflexión teológica y espiritual sobre el tema.

Como ya hemos comentado se ha intentado comprender con más profundidad el «Evangelio del trabajo», y para esto se analizó pormenorizadamente la encíclica. Comenzando con una biografía del Papa santo en la que se encuentra que su vida está inmersa en el trabajo, se vieron los distintos puntos de vista que aportan varios autores; y las contribuciones que realizó S. Juan Pablo II a esta actividad humana, para convertirla en una espiritualidad. En concreto, se ha acudido a su alegato hacia «la formación de una espiritualidad del trabajo, que ayude a todos los hombres a acercarse a través de él a Dios, Creador y Redentor, a participar en sus planes salvíficos respecto al hombre y al mundo, y a profundizar en sus vidas la amistad con Cristo, asumiendo mediante la fe una viva participación en su triple misión de Sacerdote, Profeta y Rey, tal como lo enseña con expresiones admirables el Concilio Vaticano II» (*LE*, n. 24).

Por último, tuvimos que hacer referencia a los estudios de J. L. Illanes. Desde su monografía sobre *La santificación del trabajo* (1966), muchos de sus análisis han continuado esta línea, intrínsecamente basada en el carisma del fundador del Opus Dei, san Josemaría Escrivá. Sin duda, sus enseñanzas teológicas nos ofrecen una de las experiencias más luminosas para la espiritualidad del trabajo.

Se han analizado las obras del teólogo sevillano con la perspectiva de ser un testigo privilegiado en todos los acontecimientos teológicos de la segunda mitad del siglo XX. Se estudió el trabajo bajo el prisma de la teología y de la espiritualidad, viendo cómo se fundamentan y son necesarios, tanto una como otra.

Si entendemos la Teología Espiritual como teología de la existencia cristiana en cuanto proceso de encuentro y comunicación entre el hombre y Dios, el trabajo aparece no solo como ámbito de dicha existencia, sino como elemento primordial del encuentro con lo divino. Aquí se centra el esquema fundamental de la tesis: el trabajo, acción de la persona, lleva al hombre y su mundo hacia Dios; el trabajo del hombre participa en la obra de la Creación, en el misterio de la Redención unido a la Cruz de Cristo y en el misterio de la Eucaristía. En definitiva, el cristiano, realizando su quehacer profesional, se une e identifica con Cristo.

El conjunto de estas doctrinas nos conducen hacia la resolución de las siguientes preguntas: ¿qué es el trabajo desde la Teología?, ¿cómo contribuye el trabajo en la formación del hombre?, y especialmente ¿cómo le lleva a la

unión íntima con el Dios Trino?, ¿cómo influye el trabajo en la obra creadora?, ¿cómo se realiza la Redención a través del trabajo?, ¿cuál es la relación entre trabajo y Eucaristía?, y, finalmente, ¿cómo el trabajo puede construir esa «civilización del amor» a la que se refieren los papas del siglo XX?

El presente *excerptum* recoge el capítulo IV y el anexo del trabajo de investigación. Estos dos apartados exponen el pensamiento de la teología espiritual del trabajo que el teólogo Illanes plantea. Nos parecen los que mejor responden al objeto de nuestro estudio. Se encontrará cómo se penetran la vida cristiana y el trabajo. Se verá cómo la persona, imagen de Dios en Cristo, que sabe trabajar poniendo en armonía el sentido objetivo y subjetivo de cada actividad que desempeña, consigue imitar la vida de trabajo de Jesucristo.

Notas de la Presentación

1. Cfr. M. A. MARTÍNEZ-ECHEVARRIA, *Repensar el trabajo*, Eiunsa, Madrid, 2004.
2. Cfr. P. DONATI, «El significado del trabajo en la investigación sociológica actual y el espíritu del Opus Dei», *Romana* 22 (1996) 122-134.
3. Cfr. G. RUMI, «Por una lectura «civil» de la propuesta de Josemaría Escrivá», *Scripta Theologica* 34 (2002) 547-555.
4. M. P. CHIRINOS, «Humanismo cristiano y trabajo», en J. Borobia, M. Lluch, J. Ignacio Murillo y E. Terrasa (ed.), *Trabajo y espíritu. Sobre el sentido del trabajo desde las enseñanzas de Josemaría Escrivá en el contexto del pensamiento contemporáneo*, Instituto de Antropología y Ética de la Universidad de Navarra, Eunsa, Pamplona, 2004, 45-65.
5. Cfr. A. ARGANDOÑA, «El trabajo según las enseñanzas de San Josemaría Escrivá. Una reflexión desde la perspectiva de las actuales corrientes económicas y sociológicas», en J. BOROBIA, M. LLUCH, J. I. MURILLO y E. TERRASA (eds.), *Trabajo y espíritu. IV Simposio Internacional, Fe Cristiana y Cultura Contemporánea*, Eunsa, Pamplona, 2004, 301-330: «entre los economistas, sociólogos y filósofos que han escrito sobre el trabajo en los años recientes, hay un amplio acuerdo en que el trabajo debe modelar al hombre, humanizarlo, y desarrollar sus conocimientos y sus capacidades, sus actitudes y su interioridad. De algún modo, nuestra posición en la sociedad está directamente condicionada por nuestro trabajo –de hecho, nos identificamos por nuestra profesión u oficio–. De ahí el trauma que supone no tener un empleo, que equivale, de algún modo, a la pérdida de la identidad propia».
6. Cfr. J. SESÉ, *Historia de la espiritualidad*, Eunsa, Pamplona, 2008; M. BELDA, *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología Espiritual*, Palabra, Madrid, 2006.
7. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Obras de San Juan Crisóstomo I. Homilias sobre el Evangelio de San Mateo* (1-45), BAC, t. 1, 836-837.
8. J. L. ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Eunsa, Pamplona, 2007, 45-47, 76-77.
9. Aunque sus planteamientos no han evolucionado, no podemos olvidar tampoco la espiritualidad de la vida ordinaria bajo el prisma de la vida consagrada que aborda el trabajo desde este punto de vista. Cfr. A. GRÜN, *Reza y trabaja. Una regla de vida cristiana*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 2007.
10. JUAN PABLO II, *Encíclica Laborem exercens*, en adelante *LE*, *Acta Apostolicae Sedis*, en adelante *AAS*, 73 (1981) 577-647, n. 3.
11. Cfr. R. CORAZÓN, *Filosofía del trabajo*, Rialp, Madrid, 2007; F. BARRET, *Historia del trabajo*, Eudeba, Buenos Aires, 1969; C. ARENAS, *Historia económica del trabajo: siglos XIX y XX*, Tecnos, Madrid, 2003; S. RUESGA (coord.), *Economía y trabajo*, Pirámide, Madrid, 1992; M. A. DURÁN, *El trabajo no remunerado en la economía global*, Fundación BBVA, Bilbao, 2012; C. OFFE, *La sociedad del trabajo: problemas estructurales y perspectivas de futuro*, Alianza, Madrid, 1999.
12. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo tema de nuestro tiempo*, 3ª ed., Palabra, Madrid, 1967, p. 17.
13. «(...) Sabemos que, con el ofrecimiento de su trabajo a Dios, los hombres se asocian a la propia obra redentora de Jesucristo, quien dio al trabajo una dignidad eminente trabajando con sus propias manos en Nazaret. De aquí se deriva para todo hombre el deber de trabajar fielmente».

Índice de la Tesis

ÍNDICE	3
SIGLAS Y ABREVIATURAS	7
1. Documentos del Magisterio	7
2. Sagrada Escritura	8
3. Otras	9
INTRODUCCIÓN	13
1. El hombre protagonista del trabajo	13
2. Evolución de la llamada a la santidad	18
3. El trabajo como medio de santificación	21
4. Nuestra exposición	23
Capítulo I	
COMIENZO DE LA TEOLOGÍA DEL TRABAJO ANTES DEL CONCILIO VATICANO II	31
1. MARIE-DOMINIQUE CHENU	40
a) Apuntes biográficos	40
b) Reflexión teológica	46
c) Teología del trabajo	50
d) Elementos para una teología del trabajo	59
2. GUSTAVE THILS	74
a) Retazos biográficos	74
b) Teología del trabajo	77
c) Elementos para una teología del trabajo	86
d) Complementos para una teología del trabajo	92
3. STEFAN WYSZYNSKI, CARDENAL	105
a) Vida	105
b) Elementos para una teología del trabajo	109
4. OTROS AUTORES: JOSÉ TODOLÍ, HENRI RONDET Y PHILIPPE DELHAYE	128

Capítulo II

TEOLOGÍA DEL TRABAJO EN EL CONCILIO VATICANO II: <i>GAUDIUM ET SPES</i>	139
1. CONTEXTO DEL CONCILIO VATICANO II	139
2. ETAPA ANTEPREPARATORIA	145
3. ETAPA PREPARATORIA	164
4. PASOS PREVIOS DE <i>GAUDIUM ET SPES</i>	172
5. TEOLOGÍA DEL TRABAJO EN LA CONSTITUCIÓN PASTORAL <i>GAUDIUM ET SPES</i>	177
a) La persona	179
b) La actividad humana	181
c) El trabajo	192

Capítulo III

TEOLOGÍA DEL TRABAJO EN LA ENCÍCLICA <i>LABOREM EXERCENS</i>	201
1. SEMBLANZA DE KAROL JÓZEF WOJTYLA	204
2. EL TRABAJO EN LOS ESCRITOS DE SAN JUAN PABLO II	212
3. ENCÍCICA <i>LABOREM EXERCENS</i>	214
a) Presentación	214
b) Introducción	217
c) El hombre	218
d) Sentido objetivo	224
e) Sentido subjetivo	226
f) Doctrinas históricas sobre el trabajo	232
g) La fatiga en el trabajo	237
h) Espiritualidad del trabajo	240
i) Elementos para una espiritualidad del trabajo	242

Capítulo IV

HACIA UNA TEOLOGÍA ESPIRITUAL DEL TRABAJO: JOSÉ LUIS ILLANES	255
1. APUNTES BIOGRÁFICOS	258
2. LA FUENTE: EL ESPÍRITU DEL OPUS DEI	260
3. LA RELACIÓN ENTRE TEOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO	270
a) Espiritualidad del trabajo	270
b) Teología del trabajo	272
c) Relación entre teología y espiritualidad del trabajo	273
4. HACIA UNA TEOLOGÍA DEL TRABAJO	275
El concepto teológico de trabajo	275
Los elementos para una teología del trabajo	278
a) Trabajo y construcción del cosmos	279
b) Trabajo y vocación	280
c) Trabajo y escatología	284
d) Trabajo y dolor	288

ÍNDICE DE LA TESIS

5. TRABAJO Y VIDA ESPIRITUAL	289
a) Santificar el trabajo	295
b) Santificarse en el trabajo	299
c) Santificar con el trabajo	302
CONCLUSIONES	307
BIBLIOGRAFÍA	335
1. Fuentes	335
a) Magisterio	335
b) Autores objeto de estudio	337
2. Bibliografía general	344
ANEXO	359

Bibliografía de la Tesis

1. FUENTES

a) *Magisterio*

Acta et Documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando. Series I (Antepreparatoria) (AD I), Typis Polyglottis Vaticanis, 1960-1969.

Acta et Documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando. Series II (Praeparatoria) (AD II), Typis Polyglottis Vaticanis, 1964-1969.

Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II (AS), Typis Polyglottis Vaticanis, 1970-1999.

Constitución pastoral Gaudium et spes, en *AAS* 58 (1966), 1025-1115.

Constitución pastoral Lumen Gentium, en *AAS* 57 (1965), 5-71.

Schemata Constitutionem et Decretorum ex quibus argumenta in Concilio disceptanda seligentur (SCD).

BEATO PABLO VI, *Decretum de apostolatu laicorum*, *AAS* 58 (1966) 837-864.

BENEDICTO XVI, Discurso del Santo Padre pronunciado el 14.2.2013, en el encuentro con los párrocos y el clero de la diócesis de Roma.

Catecismo de la Iglesia Católica (*Catechismus Ecclesiae Catholicae*), Asociación de Editores del Catecismo, Madrid, 1992.

JUAN XXIII, *Motu proprio Superno Dei Nutu*, 5.6.1960. *AAS* 52 (1960) 433-437.

— Constitución Apostólica *Humanae salutis*, n. 3. 25.12.1961. *AAS* 54 (1962) 5-13.

— *Radiomensaje un mes antes de la apertura del Concilio Vaticano II*. 11.9.1962. *AAS* 54 (1962) 678-686.

— *Nuntius ad universos homines Summo Pontifice Assentiente a Patribus Missus Ineunte Concilio Ecumenico Vaticano II*. 20.10.192. *AAS* 54 (1962) 822-824.

JUAN PABLO II, homilía de la Santa Misa celebrada en la Plaza de la Victoria en Varsovia, el 2 de junio de 1979.

— Encíclica *Laborem exercens*. *AAS* 73 (1981) 577-647.

— Encíclica *Sollicitudo rei socialis*. *AAS* 80 (1988) 513-586.

— *Exhortatio Apostolica Post-Synodalis Christifideles laici*. *AAS* 81 (1989) 393-521.

— Encíclica *Centesimus annus*. *AAS* 83 (1991) 793-867.

— Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. *AAS* 93 (2001) 266-309.

b) *Autores objeto de estudio*

- Marie-Dominique Chenu
 - *Espiritualidad del trabajo*, Atlántida, Barcelona, 1945. (*Spiritualité du travail*, Les Éditions du Temps présent, Paris, 1941).
 - *Hacia una teología del trabajo*, Estela, Barcelona, 1960. (Pour une théologie du travail, Seuil, Paris, 1955).
 - *El Evangelio en el tiempo*, Estela, Barcelona, 1966. (*L'évangile dans le temps*, Cerf, Paris, 1964).
 - *La «doctrine sociale» de l'Église comme idéologie*, Cerf, Paris, 1979.
 - *Notes quotidiennes du Concile: Journal de Vatican II 1962-1963*, Cerf, Paris, 1995.
 - «Trabajo», en *Conceptos fundamentales de Teología IV*, Cristiandad, Madrid, 1967, 368-382.
 - «Trabajo», en *Enciclopedia Teológica Sacramentum mundi VI*, Herder, Barcelona (1978) 671-683.
 - «El itinerario de un teólogo», *Ciencia tomista* 112 (1985) 231-234.
- Gustave Thils
 - *Teología de las realidades terrenas I Preludios*, Buenos Aires, Desclée de Brouwer, 1948. (*Théologie des réalités terrestres I Préludes*, Desclée de Brouwer, Louvain, 1946)
 - *¿Apóstoles o testigos? ¿Transcendencia o encarnación?*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1953. (*Transcendance ou incarnation? Essai sur la conception du christianisme*, Louvain: Université de Louvain, 1950).
 - *Santidad Cristiana: compendio de teología ascética*, Sígueme, Salamanca, 1960, 2ª ed., 1962. (*Sainteté chrétienne: précis de théologie ascétique*, Lanno, Tielt, 1958).
 - *¿Cristianismo sin religión?*, Marova, Fontanella, Madrid, 1970. (*Christianisme sans religion?*, Casterman, Tournai (Bélgica), 1968).
- Stefan Wyszyński, cardenal
 - *El espíritu del trabajo*, Rialp, Madrid, 1958. (*Duch pracy ludkiej*, Londyn 1946).
 - *Diario de la cárcel*, BAC, Madrid, 1984. (*Zapiski Wiezienne*, Editions du Dialogue, Paris, 1982).
- Philippe Delhayé
 - «Théologie du travail», *L'ami du clergé*, 28 y 29 (1957) 433-435 y 450-455.
 - «Personalismo y trascendencia en el actuar moral y social: estudio del tema a la luz de los documentos del Concilio Vaticano II», *Scripta Theologica* 12 (1980) 11-50.
- José Tolodí
 - *Filosofía del trabajo*, La Editorial Católica, Madrid, 1954.
 - «Teología del trabajo» *Revista española de teología*, 49 (1952) 559-580.

- Henri Rondet

RONDET, H., «Eléments pour une théologie du travail», *Nouvelle Revue Théologique*, 71 y 72 (1955) 27-48 y 123-143.

- Karol Wojtyła / Juan Pablo II

WOJTYLA, K., *Amor y responsabilidad*, Madrid, Razón y Fe, 1969.

— *La fe según San Juan de la Cruz*, Edica, Madrid, 1979. (*La fede secondo S. Giovanni della croce*, Pontificia Università S. Tommaso, Herder, Roma, 1979).

— *La renovación en sus fuentes. Sobre la aplicación del Concilio Vaticano II*, BAC, Madrid, 1982.

— *Max Scheler y la Ética cristiana*, BAC, Madrid, 1982. (*Ocena mozliwosci zbudowania etyki chrzescijanskiej przy zalozebnicach systemu Maksa Schelera*, Lublin: Towarzystwo Naukowe JUL, 1959).

JUAN PABLO II, homilía inicio Pontificado: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/homilies/1978/documents/hf_jp-ii_hom_19781022_inizio-pontificato_sp.html. Consultada el 11.4.2014.

— *Cruzando el umbral de la Esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona, 1994.

— Testamento Juan Pablo II en: http://www.vatican.va/gpII/documents/testamento-jp-ii_20050407_sp.html. Consultada el 11.4.2014.

— Biografía de Juan Pablo II en: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/biography/index_sp.htm. Consultada el 5.3.2013.

- José Luis Illanes

— *La santificación del trabajo tema de nuestro tiempo*, 3ª ed., Palabra, Madrid, 1967.

— *La santificación del trabajo*, 7ª ed. aumentada, Palabra, Madrid, 1980.

— *Mundo y santidad*, Rialp, Madrid, 1984.

— *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una Teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997.

— *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, 10ª ed. revisada y actualizada, Palabra, Madrid, 2001.

— *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona, 2003.

— *Tratado de Teología Espiritual*, Eunsa, Pamplona, 2007.

— «Trabajo humano VII», en *Gran Enciclopedia Rialp* 22 (1975) 654-659.

— «Lavoro», en *Dizionario Enciclopedico di Spiritualità* (1990) 2, 1404-1409.

— «Trabajo», en *Diccionario de Teología* (2006) 961-970.

— «Ética y Teología del trabajo en la *Laborem exercens*», en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, F. (cor.), *Estudios sobre la Encíclica Laborem exercens*, BAC, Madrid, 1987.

— (coord.), «Trabajo, santificación del», en *Diccionario de san Josémaría Escrivá de Balaguer* (2013) 1202-1210.

— «Fe en Dios, amor al hombre: la antropología teológica de Karol Wojtyła», *Scripta Theologica* 11 (1979) 297-352.

— «Trabajo, historia y persona. Elementos para una teología del trabajo en *Laborem exercens*», *Scripta Theologica* 15 (1983) 205-231.

- «Llamada a la santidad y radicalismo cristiano», *Scripta Theologica* 19 (1987) 303-322.
- «Trabajo, productividad y primacía de la persona», *Scripta Theologica* 23 (1991) 469-489.
- «La contemplación de Dios en la tradición cristiana: visión sintética», *Scripta Theologica* 37 (2005) 761-796.
- «Mundo, existencia cristiana e Iglesia en *Gaudium et spes*», *Scripta Theologica* 45 (2013) 637-665.
- biografía: <http://www.unav.es/tmoral/curriculum/illanes/default.html>. Consultada, 13.8.2013.
- ILLANES, J. L. y MÉNDIZ, A., *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid, 2011.
- ILLANES, J. L. y SARANYANA, J. I., *Historia de la Teología*, BAC, Madrid, 1995.

2. BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- ALBERIGO, G. (dir). *Storia del Concilio Vaticano II*. Societá Editrice il mulino. Edición española a cargo de Evangelista Vilanova, vol. 2, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2002.
- *Storia del Concilio Vaticano II*. Societá Editrice il mulino. Edición española a cargo de Evangelista Vilanova, vol. 3, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2006.
- ALDAMA, J. A. DE, *Teología de la liberación: conversaciones de Toledo (junio 1973)*, Ediciones Aldecoa, Burgos, 1974.
- ÁLVAREZ, C. y otros, *Comentario a la Centesimus annus*, Acción Social Empresarial, D.L., Madrid, 1992.
- ALVIRA, R., «¿Qué significa trabajo? (Un análisis filosófico)», en Fernández Rodríguez, F. (coord.), *Estudios sobre la Encíclica Laborem Exercens*, BAC, Madrid, 1987.
- ANDRÉS-GALLEGO, J. y otros, *Estudios sobre la encíclica Centesimus annus*, Fernández Rodríguez, F. (coord.), Unión Editorial, AEDOS, Barcelona, 1992.
- *Estudios sobre la encíclica Sollicitudo rei socialis*, Fernández Rodríguez, F. (coord.), Unión Editorial, AEDOS, Barcelona, 1990.
- ANTÚNEZ, H. J., *Karol Wojtyła y Gaudium et spes. Historia de las intervenciones de Juan Pablo II en la elaboración de la Constitución Pastoral*, Thesis ad Doctoratum in Sacra Theologia partim edita, Pontificia Universitas Sanctae Crucis, Roma, 2005.
- ARANDA, A., *Es Cristo que pasa. Homilías. S. Josemaría Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid, 2013.
- «Trabajo diario santificado y santificador. Sobre la contribución de san Josemaría Escrivá a la espiritualidad y a la teología», en *Actas del IV Simposio Internacional Fe cristiana y Cultura contemporánea «Trabajo y Espíritu»*, Eunsa, Pamplona, 2004, 19-44.
- «La unidad entre cristología y antropología en Juan Pablo II. Un análisis del tema en sus catorce encíclicas», *Scripta Theologica* 39 (2007) 37-72.
- ARENAS, C., *Historia económica del trabajo: siglos XIX y XX*, Tecnos, Madrid, 2003.

- ARGANDOÑA, A., «Trabajo, Economía y Ética. Un economista ante los textos de Juan Pablo II sobre el trabajo», en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, F. (coord.), *Estudios sobre la Encíclica Laborem Exercens*, BAC, Madrid, 1987.
- «El trabajo según las enseñanzas de San Josemaría Escrivá. Una reflexión desde la perspectiva de las actuales corrientes económicas y sociológicas», en J. Borobia, M. Lluch, J.I. Murillo y E. Terrassa, eds., *Trabajo y espíritu. IV Simposio Internacional, Fe Cristiana y Cultura Contemporánea*. Eunsa, Pamplona, 2004, 301-330.
- AUBERT, J., «La santificación del trabajo», *Scripta theologica* 13 (1981) 201-209.
- BARRET, F., *Historia del trabajo*, Eudeba, Buenos Aires, 1969.
- BELDA, M. *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología Espiritual*, Palabra, Madrid, 2006.
- BERDIAEFF, N. *Le sens de l'acte créateur. Essai de justification de l'homme*, 1916.
- BERZOSA, R., *Ser laico en la Iglesia y en el mundo*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2000.
- BOSCH, J., «Chenu, Marie-Dominique», en *Diccionario de Teólogos/as Contemporáneos*, Monte Carmelo, Burgos, 2004, 251-265.
- «Illanes José Luis», en *Diccionario de Teólogos/as Contemporáneos* (2004) 529-534.
- «Thils Gustave», en *Diccionario de Teólogos/as Contemporáneos* (2004) 930-932.
- BOUYER, L., *Introducción a la vida espiritual: manual de teología ascética y mística*, Herder, Barcelona, 1964.
- BURGOS, J. M., «Karol Wojtyła», en Fernández Labastida, F. y Mercado, J. A. (eds.), *Philosophica: Enciclopedia filosófica on line*, URL: <http://www.philosophica.info/archivo/2007/voces/wojtyla/Wojtyla.html>.
- BURKHART, E. y LÓPEZ, J., *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría: estudio de Teología Espiritual*, vol. I, II, y III, Rialp, Madrid, 2013.
- BUTTIGLIONE, R., *El hombre y el trabajo. Reflexiones sobre la encíclica LE*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1984.
- *El pensamiento de Karol Wojtyła*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1992.
- CELADA, G., «Aportación de la historia a la comprensión de la Palabra», *Ciencia tomista* 112 (1985) 315-339.
- CHIRINOS, M. P., «Humanismo cristiano y trabajo», en *Trabajo y espíritu. Sobre el sentido del trabajo desde las enseñanzas de Josemaría Escrivá en el contexto del pensamiento contemporáneo*, Jon Borobia, Miguel Lluch, José Ignacio Murillo, Eduardo Terrasa (ed.), Instituto de Antropología y Ética de la Universidad de Navarra, Eunsa, Pamplona, 2004, 45-65.
- COLOM, E. y WURMSER, F., *El trabajo en Juan Pablo II*, Unión Editorial, Madrid, 1995.
- CONGAR, Y. M. J., *Jalones para una Teología del laicado*, Estela, Barcelona, 1965.
- CONGAR, Y. M. J. y PEUCHMAURD, M., *La Iglesia en el mundo de hoy: Constitución pastoral «Gaudium et Spes»*, vol. II, Taurus, Madrid, 1970.
- *La Iglesia en el mundo de hoy: Constitución pastoral «Gaudium et Spes»*, vol. III, Taurus, Madrid, 1970.
- CORAZÓN, R., *Filosofía del trabajo*, Rialp, Madrid, 2007.
- CULLMANN, O., *Cristología del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca, 1998. (*Die Christologie des Neuen Testament*, Tubingen, 1957).

- DANIÉLOU, J., *Sainteté et action temporelle*, Tournai: Desclée, 1955.
- DAVID, J., *Teología de las realidades terrenas*, en Feiner, J.; Trüsch, J. y Bückle, F. (dirs.), *Panorama de la Teología actual*, Ediciones Guadarrama, S. L., Madrid, 1961.
- DE CICCIO, V. y SCARANO A., *La Chiesa nel mondo contemporaneo: la recezione della Gaudium et spes*, Chirico, Napoli, 2002.
- DE PRADA, L. F., «Vocación universal a la santidad. Síntesis bibliográfica (Autores españoles, 1965-1995)», *Toledana. Cuestiones de Teología e Historia* 1 (1999) 173-233.
- DE SALES, F., *Introducción a la vida devota*, BAC, Madrid, 2013.
- DELHAYE, P., *La Iglesia en el mundo de hoy: Constitución pastoral «Gaudium et Spes»*, vol. I, Taurus, Madrid, 1970.
- DONATI, P. «El significado del trabajo en la investigación sociológica actual y el espíritu del Opus Dei», *Romana* 22 (1996) 122-134.
- DURÁN, M. A., *El trabajo no remunerado en la economía global*, Fundación BBVA, Bilbao, 2012.
- EQUIPO DEI, *Juan Pablo II, sobre el trabajo humano*, Departamento Ecuménico de Investigaciones, S. José-Costa Rica, 1984.
- ESCRIVÁ, J., *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid, 1979.
- FAMERÉE, J., «L'oeuvre théologique de Mgr. G. Thils (1909-2000)», *Revue théologique de Louvain* 31 (2000) 474-491.
- FITTE, H., *El trabajo en la constitución pastoral «Gaudium et Spes»*, Romae: Tesis *Athenaeum Romanum Sanctae Crucis, Facultas Theologiae*, 1990.
- «Algunos estudios teológicos sobre el trabajo en la primera mitad del siglo XX. Elementos para contextualizar la doctrina del Beato J. Escrivá», en FARO, G. (ed.), *Lavoro e vita quotidiana*, Pontificia Università della Santa Croce, Roma, 2003, 39-57.
- FOCANT, C., «Hommage à Mgr. Thils», *Revue théologique de Louvain* 31 (2000) 467-473;
- FRANCO, A., *Marie-Dominique Chenu*, Brescia (Italia): Morcelliana, 2003.
- «La teología de M.-D. Chenu: itinerario histórico-cultural», *Ciencia tomista* 112 (1985) 235-265.
- FROSSARD, A., *El mundo de Juan Pablo II*, Rialp, Madrid, 1992.
- GABÁS, R., «Chenu, Marie-Dominique», en *Gran Enciclopedia Rialp* 7 (1975) 104-105.
- GARRIGOU-LAGRANGE, R., O. P., *Las tres edades de la vida interior*, vol I, II, y III, Desclée, Buenos Aires, 1957.
- GIL, F.; SARMIENTO, A.; FERRER, J. y YANGUAS, J. M., *Synopsis historica Constitutionis Pastoralis Gaudium et Spes. Pars I: De Ecclesia et vocatione hominis*, Eunsa, Pamplona, 1985.
- GIL, F.; SARMIENTO, A.; LÓPEZ, T. y YANGUAS, J. M. *Synopsis historica Constitutionis Pastoralis Gaudium et Spes. Pars II, caps. II-V: de cultura, vita oeconomica-sociali, vita communitatis politicae et de pace*, Eunsa, Pamplona, 1991.
- GONZÁLEZ, C., biografía del cardenal Stefan Wyszyński en <http://es.catholic.net/>, consultada el 23.10.2013.

- GRÜN, A., *Reza y trabaja. Una regla de vida cristiana*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 2007.
- HAESSELE, J., *El trabajo y la Moral*, Desclée de Brouwer, Buenos Aires, 1944.
- HAUSHERR, I., «La oración perpetua del cristiano», en la obra colectiva *Sainteté et Vie dans le siècle*, Herder, Roma (1965), 109-166.
- HERRANZ, J. *En las afueras de Jericó. Recuerdos de los años con san Josemaría y Juan Pablo II*, Rialp, Madrid, 2007.
- JUAN CRISÓSTOMO, *Obras de San Juan Crisóstomo I. Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (1-45)*, t. 1, BAC, Madrid, 1955.
- LE TOURNEAU, D., «Mission de France», en *Diccionario General de Derecho Canónico* 5 (2012) 441-444.
- LÓPEZ, J. L., *Filosofía y teología del trabajo en Jacques Maritain (1882-1925)*, Universidad de Navarra, Pamplona, 2001.
- LORDA, J. L., *Antropología teológica*, Eunsa, Pamplona, 2009.
- *Antropología cristiana. Del Concilio Vaticano II a Juan Pablo II*, Palabra, Madrid, 1996.
- «Estudio bibliográfico sobre el pensamiento y la antropología de Juan Pablo II», *Scripta Theologica* 36 (2004) 567-596.
- MARITAIN, J., *Humanismo integral*, Palabra, Madrid, 2001. (*Humanisme intégral. Problèmes temporels et spirituels d'une nouvelle chrétienté*, Éditions Mouton, Paris, 1936).
- MARTI, P., *Teología Espiritual. Manual de iniciación*, Rialp, Madrid, 2006.
- MARTÍNEZ, S. «Conversación en Pamplona con José Luis Illanes», *Anuario de Historia de la Iglesia* 22 (2013) 359-402.
- MARTÍNEZ-ECHEVARRIA, M. A., *Repensar el trabajo*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 2004.
- MELENDO, T., «Índole personal del trabajo humano», *Cuadernos empresa y humanismo*, 21. Instituto Empresa y Humanismo. Universidad de Navarra.
- MÉNDEZ, L., *Ética y Sociología: Estudios en memoria del profesor José Todolí, O. P.*, Editorial S. Esteban, Salamanca, 2000.
- MONDIN, B., *Teologías de la praxis*, BAC, Madrid, 1981.
- MORALES, J., *Breve Historia del Concilio Vaticano II*, Rialp, Madrid, 2012.
- NICOLÁS, A. DE, *Teología del progreso: génesis y desarrollo en los teólogos católicos contemporáneos*, Sígueme, Salamanca, 1972.
- NUBIOLA, E., «La autonomía de las realidades terrenas», *Excerpta e dissertationibus in Sacra Theologia* XV (1988) 423-493.
- NUBIOLA, R. M., *Trabajo y redención en la Gaudium et spes*, Albada, Barcelona, 1996.
- OCÁRIZ, F., *Naturaleza, gracia y gloria*, Eunsa, Pamplona, 2000.
- «El concepto de santificación del trabajo», en SARMIENTO, A. et al., *La misión del laico en la Iglesia y en el mundo, VIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1987, 881-891.
- OFFE, C., *La sociedad del trabajo: problemas estructurales y perspectivas de futuro*, Alianza, Madrid, 1999.

- ORLANDIS, J., *La Iglesia católica en la segunda mitad del siglo XX*, Palabra, Madrid, 1998.
- PALLADINO, E., *Gaudium et spes: storia, commento*, Studium, Roma, 2013.
- PHILIPS, G., *Misión de los seglares en la Iglesia*, San Sebastián: Ediciones Dinos, 1955.
- «Le matérialisme chrétien», *Ephemerides Theologicae Lovanienses* 44 (1968) 675.
- POZO, C., *Teología del más allá*, Editorial Católica, Madrid, 2001.
- «Juan Pablo II y el Concilio Vaticano II», *Scripta Theologica* 20 (1988) 405-420.
- RECHOWICZ, M., «Wyszynski Stefan», en *Gran Enciclopedia Rialp* 23 (1975) 778-779.
- REDZIOCH, W. (ed.), *Junto a Juan Pablo II. Sus amigos y colaboradores nos hablan de él*, BAC, Madrid, 2014.
- RHONHEIMER, M., *Transformación del mundo*, Rialp, Madrid, 2006.
- RICHI, G., *Karol Wojtyła: un estilo conciliar. Las intervenciones de K. Wojtyła en el Concilio Vaticano II*, Publicaciones San Dámaso, Madrid, 2010.
- RODRÍGUEZ, P., *Camino. S. Josemaría Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid, 2002.
- *Vocación, trabajo, contemplación*, Eunsa, Pamplona, 1986.
- «*Omnia traham ad meipsum*. El sentido de *Jn* 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer», *Romana* 13 (1991) 331-352.
- RUESGA, S. (coord.), *Economía y trabajo*, Pirámide, Madrid, 1992.
- RUMI, G., «Por una lectura “civil” de la propuesta de Josemaría Escrivá», *Scripta theologica* 34 (2002) 547-555.
- SARANYANA, J. I., «Chenu, Marie-Dominique», en *Gran Enciclopedia Rialp* 25 (1987) 493-495.
- «El debate teológico sobre la secularidad cristiana (1930-1990)», *Anuario de Historia de la Iglesia* 13 (2004) 151-178.
- SCOLA, A., *La experiencia humana elemental. La veta profunda del magisterio de Juan Pablo II*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2005.
- SEBASTIÁN, F. «Filosofía y teología del trabajo en la *Laborem Exercens*», *Iglesia Viva* 37 (1982) 97-98.
- SESÉ, J. *Historia de la espiritualidad*, Eunsa, Pamplona, 2008.
- SOCCI, A., *Los nuevos perseguidos: investigación sobre la intolerancia anticristiana en el nuevo siglo del martirio*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2003.
- TANQUERAY, A., *Compendio de Teología Ascética y Mística*, Desclée & Cía., Paris, 1930.
- VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol. I, II, y III, Rialp, Madrid, 1997-2003.
- VILANOVA, E., «La Teología del Laïcar segons el Pare Congar», *Revista Catalana de Teologia* XXIII/2 (1998) 443-451.
- «L'Església en el món d'aquest temps. Fluctuacions en la redacció de la Constitució Pastoral *Gaudium et spes* del Concili Vaticà II», *Revista Catalana de Teologia* XXV (2000) 305-319.
- WEIGEL, G., *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de Esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona, 1999.

Hacia una Teología espiritual del trabajo:

José Luis Illanes

Entre los autores que estamos estudiando –Chenu, Thils, Wyszynski, san Juan Pablo II, y otros–, el profesor Illanes destaca como el que tiene varias publicaciones específicas sobre la teología y la espiritualidad del trabajo. Sin incluir los numerosos artículos, nos referimos a tres obras: 1. *La santificación del trabajo tema de nuestro tiempo*, editado por Ediciones Palabra en 1966, aumentada en 1980 con el título *La santificación del trabajo*, alcanza nueve ediciones, y está traducida al francés, inglés, italiano y portugués; 2. *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, es la décima edición de la anterior obra aunque revisada y actualizada, y publicada en el 2001, habiéndose traducido al italiano, francés e inglés; y 3. *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una teología del trabajo*, publicada en 1997.

Si ampliamos el tema del trabajo hacia una visión más amplia, es decir, existir cristiano, historia, mundo, las publicaciones que podríamos citar se multiplican¹.

Estas publicaciones nos indican la especial importancia del trabajo en la teología del profesor Illanes.

En este aspecto, Illanes es uno de los protagonistas de la teología desde la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días. Más concretamente, podemos afirmar que si nos referimos a la teología del trabajo, ocupa un puesto principal. Baste citar como ejemplo el volumen de la obra teológica que ha publicado y que sigue publicando, con este tema.

El desarrollo teológico que realiza Illanes, y que intentaremos desgranar en las próximas líneas, tiene como fundamento el espíritu del Opus Dei y la vida de su santo Fundador, Josemaría Escrivá de Balaguer. Sobre estos cimientos se construye la teología del profesor sevillano. Incluso podemos añadir algún dato más, pues con la obra que inicia su recorrido teológico, *La santifi-*

cación del trabajo tema de nuestro tiempo, san Josemaría «dio su plena conformidad» y facilitó a Illanes algunos textos².

Por este motivo vemos necesario comenzar nuestro estudio, aunque muy someramente, desde su fuente espiritual o alimento.

1. APUNTES BIOGRÁFICOS³

José Luis Illanes Maestre, nació en Sevilla el 26 de diciembre de 1933.

Realizó los estudios de enseñanza media en el Colegio Villasís (Jesuitas) de Sevilla. En julio de 1951 obtiene el premio extraordinario en el examen de Estado, previo a la entrada en Derecho.

También, en esta ciudad andaluza, obtiene el grado de Profesor mercantil, en la Escuela Profesional de Comercio, en 1954.

Licenciado en Derecho por la Universidad de Sevilla (1956); posteriormente alcanzó, en la Universidad de Navarra, el Grado de Doctor.

En 1958, en la Pontificia Universidad Lateranense, se licencia en Sagrada Teología. Doctor en Sagrada Teología, en 1959, por la misma Universidad, con la tesis titulada *El fundamento teológico de la cristiandad según Jacques Maritain*. Tras la publicación de la memoria de doctorado, obtuvo el *Renuntiatus Doctor* el 16 de octubre de 1976.

Ordenado presbítero el 14 de agosto de 1960; incardinado en la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei.

El 23 de noviembre de 1993, es nombrado Prelado de Honor de Su Santidad.

Profesor Ordinario de Teología Moral y Espiritual en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, en la que ocupó el cargo de Decano de 1980 a 1992. Desde el año 2004, fecha de su jubilación, es Profesor Honorario. También es Profesor Visitante de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma). Ha impartido además cursos en numerosos centros académicos europeos y americanos.

Es miembro de la *Pontificia Academia Theologica* y de diversas asociaciones científicas internacionales.

Desde su constitución, el 9 de enero de 2001, es Director del Instituto Histórico Josemaría Escrivá, en Roma.

Además de numerosos artículos, unos ciento veinte, en revistas científicas, de investigación o ensayo, tanto españolas como de otros países, ha escrito más de una veintena de libros, entre los que cabe destacar: *La santificación del*

trabajo (Madrid, 1966); *Cristianismo, historia, mundo* (Pamplona, 1973); Codirector, con Alfredo García Suárez y Pedro Rodríguez, de la Sección de Teología Dogmática de la *Gran Enciclopedia Rialp*, 24 tomos, Madrid, 1971-1976; *Mundo y santidad* (Madrid, 1984); *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, en colaboración con Amadeo de Fuenmayor y Valentín Gómez-Iglesias (Pamplona, 1990); *El Opus Dei en la Iglesia*, en colaboración con Pedro Rodríguez y Fernando Ocáriz (Madrid, 1993); *Tratado de Teología Espiritual* (Pamplona, 2007); *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, edición crítica, con introducción y notas, preparada en colaboración con Alfredo Méndiz (Madrid, 2011); y *Diccionario de san Josemaría Escrivá de Balaguer* (Burgos, 2013) donde ha realizado las labores de coordinador.

2. LA FUENTE: EL ESPÍRITU DEL OPUS DEI

Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás nació en Barbastro (Huesca, España) el 9 de enero de 1902. Fue ordenado sacerdote en Zaragoza el 28 de marzo de 1925. El 2 de octubre de 1928 fundó, por inspiración divina, el Opus Dei. Se abría así en la Iglesia un nuevo camino, dirigido a promover, entre personas de todas las clases sociales, la búsqueda de la santidad y el ejercicio del apostolado, mediante la santificación del trabajo ordinario, en medio del mundo y sin cambiar de estado. El 26 de junio de 1975 falleció repentinamente en Roma. Fue canonizado por Juan Pablo II el 6 de octubre de 2002. Su fiesta litúrgica se celebra el 26 de junio.

El Opus Dei está extendido por los cinco continentes y en la actualidad cuenta con casi noventa mil miembros de ochenta y siete nacionalidades. La mayoría son casados y aproximadamente la mitad mujeres y la otra mitad hombres. El 28 de noviembre de 1982 Juan Pablo II, erigió la Prelatura Opus Dei con la promulgación de la Constitución Apostólica *Ut sit*. Como asociación de clérigos intrínseca e inseparable de la Prelatura está la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

El Cardenal Herranz publica en una de sus obras⁴ una entrevista con el teólogo Gustave Thils donde le explica el espíritu del Opus Dei así como la figura de san Josemaría. Insiste en como el mensaje de la Obra de Dios concede un valor sobrenatural al trabajo, y el hombre cuando trabaja puede santificarse y santificar a los demás; en el modo de convertir el trabajo en oración; etc.

Ante la pregunta insistente del teólogo de dónde estaba recogida esta doctrina, Herranz le responde que para Escrivá primero es la vida, después la costumbre, luego la norma y por último la elaboración teológica, y que todo está recogido en cartas e instrucciones para sus hijos, los miembros del Opus Dei, y en publicaciones ascéticas y homiléticas.

Con este sucedido nos damos cuenta de la diferencia entre los planteamientos de un teólogo y un santo. Thils se preocupa más del desarrollo intelectual del planteamiento teológico, y Escrivá del cristiano que busca la santidad, del cómo se hace realidad la teología, del cómo debe vivir el hombre para poder alcanzar el cielo.

Aunque el fundamento del espíritu del Opus Dei es la filiación divina, es decir, Dios es mi Padre y me considero hijo de Dios y me comporto como tal en cualquier circunstancia, nos centraremos solo en la santificación del trabajo pues es el tema que estamos estudiando.

Haciendo referencia a las cartas que decía el cardenal Herranz, en 1932, san Josemaría escribía a sus hijos, los miembros del Opus Dei: «Al suscitar en estos años su Obra (se refiere al Opus Dei), el Señor ha querido que nunca más se desconozca o se olvide la verdad de que todos deben santificarse, y de que a la mayoría de los cristianos les corresponde santificarse en el mundo, en el trabajo ordinario. Por eso, mientras haya hombres en la tierra, existirá la Obra. Siempre se producirá este fenómeno: que haya personas de todas las profesiones y oficios, que busquen la santidad en su estado, en esa profesión o en ese oficio suyo, siendo almas contemplativas en medio de la calle»⁵.

Este es el planteamiento con el que Escrivá se anticipa y es claro precursor de la llamada universal a la santidad que se realiza en los distintos documentos del Concilio Vaticano II. Además muestra como la materia de santificación para la mayoría de los cristianos es el trabajo, la profesión, su oficio⁶.

También podemos afirmar que san Josemaría es pionero, desde 1928, al tratar el trabajo como materia de santificación. En sus cartas, instrucciones, escritos pastorales, etc. aparecen consejos, recomendaciones, lecciones, para que los cristianos sepan santificarse en y con el trabajo ordinario, y aunque no lo pretenda, sí que son escritos con un contenido teológico-espiritual y pastoral del trabajo⁷.

Recordar que los teólogos que hemos estudiado en el capítulo I empiezan a publicar sus obras teológicas a partir de 1941. De este año es la *Espiritualidad del trabajo*, de Chenu. De 1946, *El espíritu del trabajo*, de Wyszyński y la *Teología*

de las realidades terrenas I Preludios, de Thils. De la década 1950-1960, las obras de Todolí, Rondet y Delhaye.

El Doctor Illanes, en la exposición de la voz, «Trabajo, santificación del», correspondiente al *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, comenta que «la reflexión teológica sobre el trabajo ha procedido en la época contemporánea siguiendo dos líneas diversas, aunque, en más de un aspecto complementarias. La primera, que se desarrolla sobre todo en los años 1945 y siguientes, centra la atención en el fruto o producto que proviene del trabajo y, desde una perspectiva formalmente teológica, en la eventual conexión de los procesos históricos con la escatología. La segunda coloca el acento en el acto o acción de trabajar y por tanto en el hombre en cuanto sujeto del trabajo»⁸.

Recordar, al respecto, lo indicado, especialmente por Chenu, que daba prioridad al valor de la obra realizada, es decir, al sentido objetivo del trabajo. Ahora bien nuestro teólogo dice de Escrivá que no se debe adscribir a ninguna de las dos corrientes indicadas aunque al menos en parte, se acerca a la segunda de las líneas mencionadas. Este acercamiento a considerar el hombre como sujeto del trabajo, como primer fundamento, coincide con lo indicado por san Juan Pablo II en *Laborem exercens* que afirmaba que las fuentes de la dignidad del trabajo deben buscarse en su dimensión subjetiva.

De modo parecido, en 1968, san Josemaría responde a la entrevista que le realizan Enrico Zuppi y Antonino Fugarde, director y redactor, respectivamente, de *L'Osservatore della Domenica*, y que está recogida en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, números 58 a 72. Esta entrevista se titula «El Opus Dei: Una institución que promueve la búsqueda de la santidad en el mundo»⁹. Nos muestra que el fin que persigue el Opus Dei es favorecer, para todos los cristianos que viven en medio del mundo, la búsqueda de la santidad y el ejercicio del apostolado.

Para el tema que estamos estudiando nos interesa más la siguiente pregunta: «Usted ha hablado con frecuencia del trabajo: ¿podría decir qué lugar ocupa el trabajo en la espiritualidad del Opus Dei?». Y la respuesta de san Josemaría: «(...) Quienes quieren vivir con perfección su fe y practicar el apostolado según el espíritu del Opus Dei, deben santificarse con la profesión, santificar la profesión y santificar a los demás con la profesión. Viviendo así, sin distinguirse por tanto de los otros ciudadanos, iguales a ellos, que con ellos trabajan, se esfuerzan por identificarse con Cristo, imitando sus treinta años de trabajo en el taller de Nazareth»¹⁰.

En el transcurso de la respuesta continúa haciendo referencia a cómo el trabajo pertenece a la condición humana; a cómo la vocación sobrenatural a la santidad y al apostolado es llamada para el hombre; y por lo tanto se confirma la vocación humana al trabajo. También indica que el trabajo desarrolla la personalidad.

Esta llamada existencial y concreta del hombre al trabajo se puede interpretar como las palabras dirigidas al primer hombre, cultivar la tierra. También con el ejemplo que Cristo nos da al trabajar como cualquier hombre participando de los gozos y dolores que tiene el propio trabajo.

En esta respuesta nos encontramos con una similitud con el planteamiento que realiza san Juan Pablo II en *LE* en lo que este llama «Evangolio del trabajo». Nos referimos a como san Josemaría manifiesta que con el trabajo «el hombre desarrolla su personalidad». El Papa considera que el valor del trabajo debe ser medido por lo que aporta al desarrollo de la persona pues en la finalidad del trabajo está siempre el hombre mismo.

La respuesta sigue con el alcance que tiene el trabajo hacia el exterior del hombre pues esta tarea ordinaria es la misma materia de santidad que nos permite descubrir a Dios y nos brinda la ocasión de realizarla sirviendo a los demás. «El trabajo de todos los días, puede ser un encuentro con Dios»¹¹.

Otra de las entrevistas publicadas en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer* es la realizada por Pedro Rodríguez, y publicada en Palabra (Madrid), en octubre de 1967, números 1 a 23. Se titula «Espontaneidad y pluralismo en el pueblo de Dios». Una de las preguntas que nos puede servir para exponer la finalidad del espíritu del Opus Dei aborda la misma cuestión: «Usted viene diciendo y escribiendo desde hace tantos años que la vocación de los laicos consiste en tres cosas: «santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar a los demás con el trabajo». ¿Podría precisarnos qué entiende usted exactamente por lo primero: santificar el trabajo?»¹². San Josemaría nos explica que lleva enseñando desde hace cuarenta años que todo trabajo deber ser realizado con: perfección humana, es decir, con competencia profesional, bien hecho; y con perfección cristiana, por amor a la voluntad de Dios, porque Dios quiere, y por servicio a los hombres. Si realizamos de esta manera el trabajo, se ordenan cristianamente las realidades temporales, se integra y se asume en la Creación y en la Redención, es decir, se convierte en obra de Dios.

Cristo nos da ejemplo cuando trabaja aquí en la tierra como un artesano. El trabajo que desarrolla el hombre y la fatiga que conlleva, es imprescindible para el progreso social, para las relaciones entre los hombres, y un signo del

amor de Dios a las criaturas y del amor que se tienen entre sí y a Dios. El trabajo es «un medio de perfección, un camino de santidad».

Hemos visto la espiritualidad del trabajo y como se lleva a cabo. Pero antes de finalizar este epígrafe nos parece interesante preguntarnos ¿qué es el trabajo para el Fundador del Opus Dei? Aunque hay múltiples citas, nos ocuparemos de la que expone en una de sus obras, *Es Cristo que pasa*¹³, n. 47: «El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad. Para un cristiano, esas perspectivas se alargan y se amplían. Porque el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios (...). Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no solo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora».

De esta larga definición destacamos que para el hombre el trabajo es testimonio de su dignidad; dominio sobre la creación; desarrollo personal; unión con los demás; fuente de recursos; medio para la mejora y el progreso de la humanidad. Además para el cristiano supone: participación en la obra creadora; el trabajo es realidad redimida y redentora; camino de santidad, para cada hombre y para los demás.

Aunque las citas a las que podemos hacer referencia sobre la santificación del trabajo son innumerables, nos parece que las indicadas son suficientes para presentar el espíritu del Opus Dei en los escritos de su Fundador. El Doctor Illanes se nutre en estos escritos para desarrollar sus planteamientos sobre el trabajo.

3. LA RELACIÓN ENTRE TEOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO

El profesor sevillano expone dos aspectos referidos al trabajo, que están separados por una delgada línea. Nos referimos a la espiritualidad y a la teología del trabajo. Veremos como estas dos vertientes se ayudan, se impulsan, son necesarias.

¿Qué entiende por cada uno de estos aspectos?

a) Espiritualidad del trabajo

Si acudimos a la encíclica *Laborem exercens*, podemos definir la espiritualidad del trabajo como la vivencia cristiana de la actividad laboral¹⁴. En el

libro de Illanes, *Tratado de Teología Espiritual*, expone la espiritualidad cristiana, es decir, de modo general y sin concretar ocupación alguna: «Dicho con otras palabras, la auténtica espiritualidad cristiana no es ni una espiritualidad del distanciamiento del mundo ni una espiritualidad de la identificación con el mundo, sino una espiritualidad de la vivencia del mundo en Dios y desde Dios»¹⁵. Si introducimos en esta definición la actividad profesional, nos encontramos con que hay que trabajar en Dios y desde Dios.

Es importante resaltar cómo en las anteriores proposiciones aparece la palabra vivencia, es decir, vivir o experiencia que alguien vive y que incorpora a su carácter.

Hacer realidad esta vivencia; poner en práctica el modo cristiano de trabajar; cómo se trabaja en Dios y desde Dios; «la vida espiritual no es otra cosa que la vida misma en cuanto que vivida con conciencia de la cercanía de Dios y en comunión con Él»¹⁶.

Teniendo en cuenta los anteriores planteamientos, podemos definir con Illanes la espiritualidad del trabajo como: «una vivencia cristiana de la actividad laboral, de modo que se perciba existencial y concretamente el sentido que el trabajo adquiere cuando es vivido en fe, esperanza y caridad, y la fuerza vivificadora que estas virtudes poseen cuando se ponen en ejercicio en el acto mismo de trabajar»¹⁷. En posteriores epígrafes volveremos sobre esta definición.

Una vez vista la espiritualidad de trabajo afrontaremos el segundo aspecto al que hemos hecho referencia, la teología del trabajo.

b) Teología del trabajo

En el año 1957¹⁸, todavía hay quien mantiene que estamos lejos de tener hoy una teología del trabajo, aunque se empiezan a dar pasos adelante, sobre todo, a partir del Concilio Vaticano II. Podemos concretarla como el «análisis y valoración del trabajo desde las coordenadas de la fe para descubrir el lugar que tiene en el existir humano y en el devenir del cosmos, visto desde la perspectiva de la revelación cristiana. Todo esto presupone y suscita una reflexión antropológica en orden a determinar la naturaleza del trabajar y la del dinamismo que el trabajar implica. No hay que olvidar que el trabajo evoluciona como toda realidad histórica y puede suscitar nuevos horizontes»¹⁹.

Aunque volveremos a hacer uso de esta cita, nos parece interesante resaltar que «la teología del trabajo será teología en la medida que muestre la referencia a Dios que el acto de trabajar implica»²⁰.

c) Relación entre Teología y espiritualidad del trabajo

Si analizamos las tres obras de Illanes que tienen como tema principal el trabajo, nos encontramos con que para realizar una espiritualidad del trabajo se necesita o se debe tener como base, una teología del trabajo. Es más, «la vivencia espiritual, suscitando e iluminando el trabajo teológico, y paralelamente el filosófico, no los sustituye. Abre perspectivas y descubre horizontes, que luego la inteligencia humana y en consecuencia, la Teología y la Filosofía deberán explorar»²¹.

En su obra, *La santificación del trabajo*, dice: «una espiritualidad que considere al trabajo en toda su plenitud no es obstáculo para una teología del trabajo, sino al contrario fuerza o impulso que la hace nacer y luz o criterio que garantiza su rectitud. Ayuda e impulso, en primer lugar, porque una espiritualidad que tome en serio el trabajo que se realiza en el mundo, con todas sus implicaciones antropológicas y sociales, pide y reclama una visión teológica honda, que no se contente con alguna cita evangélica hecha más o menos a propósito, sino que se esfuerce por ir hasta el núcleo mismo de los problemas, poniendo de relieve lo que es el obrar humano de cara a la edificación del cosmos, analizando cuáles son las exigencias de justicia y de convivencia a las que el cristiano debe hacer frente, subrayando que el trabajo es en una antropología integral. Garantía, a la vez, porque una vida cristiana auténtica, un buscar a Dios, y buscarlo a través del trabajo mismo, mantiene anclado el corazón en ese núcleo teologal del que debe partir también la inteligencia»²².

El anterior planteamiento tiene su origen en los años sesenta y coincide, como hemos visto, con los expuestos en 1981, por Juan Pablo II en *LE*.

4. HACIA UNA TEOLOGÍA DEL TRABAJO

4.1. *El concepto teológico de trabajo*

Si continuamos con los escritos del profesor sevillano, en *Ante Dios y en el mundo*, a modo de introducción, designa dos momentos del trabajo:

- a) Acto de trabajar: actividad que desarrolla el hombre para producir algo. Actividad transitiva que termina fuera del hombre.
- b) La obra realizada: realidad producida, presente durante todo el acto de trabajar y que permanece después de cesar la actividad.

El trabajo connota, de una parte, el mundo, la realidad sobre la que el hombre realiza su transformación y dominio, y de otra, la sociedad o comu-

nidad humana. El hombre no está solo ni es un ser aislado. La humanidad se forma con el conjunto de todos los hombres.

Plantearse una teología del trabajo, es mostrar cómo se integran y armonizan el ideal del *homo faber*, y el ideal del *homo sapiens*, en el interior de la visión cristiana del hombre, como ser llamado a la unión con Dios²³.

Illanes sostiene que el trabajo se caracteriza por tres rasgos fundamentales: a) es una actividad transitiva que nace del hombre y acaba en el mundo transformándolo. Se trabaja para obtener un producto; b) actividad que supone esfuerzo para poder dominar la realidad exterior; c) actividad en la que participan la intelectualidad y la corporalidad humana.

Nuestro teólogo continúa afirmando que el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, es persona. Persona compuesta de alma y cuerpo, espíritu y materia, capaz de amar y que aquí, en el amor, es donde encuentra su propia realización.

Como el hombre encuentra su realización en el amor, cuando trabaja, si quiere realizarse, también debe amar. Por eso para trabajar hay que amar. El amor, como sustancia del existir y vivir del hombre en cuanto persona, da sentido a la relación entre trabajo y la obra que resulta.

Otro de los aspectos que nos recuerda el profesor sevillano es el carácter histórico y cósmico del hombre. Se dice cósmico, pues el hombre como ser corporal, presupone, connota, realiza, se relaciona con el universo, con el cosmos. También es ser histórico, pues tiene historia, con un inicio, un fin, una misión, un proceso que no ha llegado a su meta y al que está ordenado.

En la persona como ser corporal e histórico, el amor –querer al otro, darse por entero, compartir– implica la faena que en ese cosmos material e histórico le corresponde, y por tanto el trabajo, el esfuerzo por dominar la naturaleza para el bien de la humanidad. «El trabajo recibe su valor decisivo del amor que expresa, del que nace, del que se alimenta y al que se ordena»²⁴.

El trabajo es el «amor que se manifiesta en forma de servicio, de contribución al bien del hombre, de mutua colaboración en la realización del dominio sobre las cosas, de comunión en el gozo ante la común experiencia de dominio y de servicio. De cara a Dios, se nos revela como participación en su designio, como desempeño de la misión que Él, al colocarnos en la existencia, nos ha confiado»²⁵.

El trabajo es la participación en la creación, es respuesta a la llamada de Dios, es la redención vivida en acto cuando unimos la fatiga personal del trabajo con la Cruz de Cristo, es la relación entre lo humano y lo divino preparando el Reino de los cielos, es amor en forma de servicio para la humanidad.

Si comparamos estas últimas ideas con el concepto que aporta san Josemaría y que hemos expuesto al principio de este apartado, vemos que son muy similares y que coinciden en los puntos básicos.

Esta coincidencia también la vemos reflejada en *Gaudium et spes*²⁶.

4.2. *Los elementos para una teología del trabajo*

Las líneas de reflexión de la teología del trabajo, que Illanes cita en las obras que estamos comentando y que expondremos son: trabajo y construcción del cosmos; trabajo y vocación; trabajo y escatología; y trabajo y dolor.

Chenu define los «elementos» como las bases, los cimientos, donde se apoya y fundamenta una teología del tipo que estamos estudiando. Si en la realización del trabajo estos «elementos» no se ponen de manifiesto, no se podría confeccionar una teología del trabajo. Illanes llega a decir que «una reflexión sobre el trabajo que olvide estos aspectos no será íntegramente cristiana».

a) Trabajo y construcción del cosmos

Este epígrafe aparece igual —«Trabajo y construcción del cosmos»— en las ediciones de 1980 y de 2001 de *La santificación del trabajo*. Varía en *Ante Dios y en el mundo*, de 1997, donde aparece como: «Trabajo y evolución del cosmos».

Como punto de partida para la consideración e interpretación del trabajo, acude al texto de *Gn 2, 15*: «Tomó el Señor al hombre y lo puso en el jardín del Edén para que trabajara». El hombre existe en el mundo, y forma parte de éste, siendo solidario y estando íntimamente unido a Él.

El trabajo es la capacidad que tiene el hombre para dominar la tierra, la naturaleza. Con este dominio construye el mundo según su inteligencia.

Santo Tomás comenta que lo que da unidad a lo creado es la interconexión de los seres, en cuanto dotados de capacidad de acción: la unidad del cosmos es una unidad de actividad. La evolución moderna del trabajo, con el paso de la artesanía a la técnica, pone de manifiesto esa continua actividad, esa continua acción.

Toda esta evolución no lleva a una comprensión teológica del trabajo, sino en muchos casos, a concentración de poder, automatismo, burocratización, etc., por lo que nos hace plantearnos la pregunta acerca del fin o meta del existir humano²⁷.

En la actualidad nos encontramos como la técnica desplaza al hombre. La finalidad que se busca es la rentabilidad económica y, al ser más productiva la técnica que la persona, es prioritaria la tecnología.

Ahora bien, la técnica nunca podrá dominar la tierra. La tecnología es un medio que sirve para ayudar al hombre. El hombre sí que es capaz de dominar la tierra con el trabajo. El hombre es el protagonista del trabajo, y por tanto, en la construcción del mundo. Hay que humanizar el mundo del trabajo.

Estas son las causas que Illanes nos muestra para que nos planteemos la meta del existir humano, cuando reflexionemos sobre el trabajo.

b) Trabajo y vocación

Este apartado b) Trabajo y vocación, solo aparece en *La santificación del trabajo*, edición de 1980, pues en la edición de 2001 y en *Ante Dios y en el mundo*, de 1997, aparece como: «Trabajo y vivencia teologal del existir». Además, el orden numérico cambia pues en las ediciones de 1997 y 2001, el número 2 es, «Trabajo y escatología», y el número 3, «Trabajo y vivencia teologal del existir».

- Trabajo y vocación. Edición de 1980, *La santificación del trabajo*.

El hombre consigue la plena satisfacción de sus aspiraciones en Dios. La teología del trabajo será teología si muestra las referencias de Dios que el trabajo posee; en considerar al hombre como ser abierto a Dios y llamado a la comunión vital con Él; en incluir la vida contemplativa, vida de oración. Y teniendo en cuenta que las dimensiones teologales no se yuxtaponen simplemente al trabajo, sino que, tanto ellas como el trabajo mismo, se integran en una visión unitaria de la existencia humana. Unidad de todas las facetas que componen la vida del cristiano y que significa la plena respuesta a la vocación recibida²⁸.

Por el bautismo y la gracia, todo cristiano debe ser consciente de que a Dios se le encuentra en el existir diario, y aquí es donde se crece en comunión con Él. Toda vida cristiana es activa y contemplativa, inseparable y asociada. La contemplación es dimensión de toda vida cristiana²⁹.

En los anteriores párrafos quisimos destacar una de las ideas, que el Doctor Illanes considera más importante: las dimensiones teologales se integran con el trabajo en una visión unitaria de la existencia humana. En el existir humano no hay distintos modos de actuar: en la familia, en el trabajo, en el

descanso. Dios está integrado, inmerso, incluido, en todos y cada uno de los modos de actuar, en todas las actividades. No existen compartimentos estancos totalmente separados, unos de otros, y que no se relacionan. Dios está omnipresente en las actividades del hombre.

Este planteamiento conlleva que cualquier actividad que realiza el hombre, hasta la más indiferente, al tener presente a Dios, tiene trascendencia ante Este y ante los demás hombres. Ningún trabajo puede ser intrascendente, pues Dios está presente en la actividad del hombre.

- Trabajo y vivencia teológica del existir. Edición de 1997, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una teología del trabajo*.

Con el mismo planteamiento que acabamos de ver, el profesor andaluz, amplía la visión unitaria de la vida –las dimensiones teológicas se integran con el trabajo– a las relaciones entre creación y redención, entre naturaleza y destino.

La situación terrena, con todo lo que la configura, se ha de integrar en el proceso del caminar hacia Dios³⁰. «Acción y contemplación no son, desde una perspectiva cristiana, realidades contrapuestas sino dimensiones que han de hermanarse en un existir informado por la fe y la caridad. El cristiano se santifica no *a pesar* del cumplimiento de la misión que ha recibido durante su existencia terrena, sino precisamente *a través* del cumplimiento de esa misión»³¹.

Dentro del comentario de esta dimensión de la teología del trabajo, se encuadra la unión con la espiritualidad del trabajo, es decir, teología-espiritualidad. Nos referimos a la respuesta del hombre a la vocación. Illanes tomando la idea de san Josemaría Escrivá dice que «la vida del cristiano corriente, llamado por Dios a realizarse como cristiano en medio del mundo, implica santificar la profesión, santificarse en la profesión, santificar con la profesión»³².

En el apartado «Trabajo y vivencia teológica del existir» de *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, de la edición de 2001, recoge las mismas ideas que el anterior apartado aunque las reduce al considerar que ya están suficientemente explicadas durante toda la obra.

c) Trabajo y escatología

Desde 1945 en adelante, se originó un debate entre dos corrientes teológicas, encarnacionismo y escatologismo, que propició el estudio teológico de las realidades terrenas, del trabajo.

Illanes también se hace eco de dicho debate en los siguientes términos. Los escatologistas comprenden las realidades sociales como medio para la salvación, pero disminuyen su valor para la santificación. Hay que desprenderse de lo temporal. La historia y el Reino de Dios son dos líneas paralelas que no se unen en la tierra. La historia es extraña al Reino de Dios.

De los encarnacionistas dice que las acciones humanas participan en la formación del Reino de los cielos, existiendo una relación entre lo humano y lo divino. El mundo prepara el Reino.

Illanes continúa analizando la trascendencia que tiene el trabajo en el hombre y se pregunta «¿Qué permanece, una vez llegado el fin de los tiempos, del resultado del esfuerzo humano?»

El Reino de los cielos es esencialmente don, y don al que se llega a través de la muerte y, por tanto, de la transformación. Se debe afirmar que, al fin de los tiempos, lo transformado será no un mundo cualquiera, sino *este* mundo, es decir, el mundo que ha conocido la aventura y el esfuerzo humano. Los nuevos cielos y la nueva tierra en los que, de acuerdo con el lenguaje bíblico, se manifestará la plenitud escatológica están siendo preparados, aunque oscura e imperfectamente, por la historia y el trabajo humano. Por eso como afirma la Constitución *Gaudium et spes*, n. 39 –precisamente después de concretar que «hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del Reino de Cristo», «todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal»³³.

La explicación de Illanes manifiesta el amor de Dios Padre por sus hijos. Hemos hablado que la existencia cristiana junto con todas sus actividades, incluido el trabajo, tiene como fin la Casa del Padre. Dios no puede olvidarse de las obras que realizamos durante nuestro existir, sino que cuenta con ellas aunque tenga que purificarlas, iluminarlas y transfigurarlas.

Pero aquí este planteamiento da un giro radical, pues nuestras tareas son para nuestra santificación, y no solo para el reino eterno y universal.

La escatología actual experimenta un cambio. No se ocupa tanto del más allá, cuanto del hoy. Aquí es donde tiene más trascendencia el pensamiento de Illanes: la transformación del mundo desde dentro porque esa es la única manera de encontrar a Dios. Del mundo como ámbito, al mundo como tarea.

La comprensión del mundo como tarea, requiere conocer la bondad de este y la realidad de la redención. Bondad del mundo que es el reflejo del bien de todo lo creado. Redención que ha vencido al pecado y reafirma el bien de la creación y su desarrollo.

Para atender la conciencia del cristiano estas ideas se deben orientar a la plenitud final y eterna del mundo.

Ahora bien, el mundo y la sociedad transmiten bienes y valores. Estos bienes y valores no son ajenos al plan divino de salvación. El mundo no es ajeno al Reino de Dios.

Todo cristiano debe luchar para que la verdad y el bien predominen. Esta lucha, primero la hará como hombre, pues pertenece a una familia, a una sociedad y debe ser solidario con el resto. Después, como cristiano, pues debe amar el universo que Dios ha creado y a la humanidad redimida por Cristo.

De todo lo anterior deducimos que la espiritualidad cristiana no es distanciamiento, ni identificación con el mundo, es la espiritualidad de la vivencia del mundo en Dios y desde Dios³⁴.

El planteamiento que acabamos de ver en Illanes coincide con el de san Josemaría. El punto 183 de *Es Cristo que pasa* nos muestra a la perfección esta idea: «(...) Jesucristo recuerda a todos: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia trabam ad meipsum (Iob XII, 32)*, si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, *omnia trabam ad meipsum*, todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»³⁵.

d) Trabajo y dolor

La denominación de esta última línea de reflexión es cambiada en *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, edición de 2001, por, «Trabajo y esfuerzo o empeño». Como veremos, esta última denominación quizás sea más adecuada.

Hasta el siglo XX, de una manera ordinaria, los autores espirituales, habían puesto de relieve el aspecto penitencial del trabajo. Es más, si no lo hacían llamaban la atención por dicha ausencia. Baste citar como ejemplo a san Juan Pablo II, que en ningún momento hace referencia a que el trabajo sea un castigo, sino todo lo contrario, pues utiliza la fatiga del trabajo como bien del hombre, que permite unirse a la obra redentora de Cristo.

El esfuerzo, la fatiga, el cansancio, el dolor, acompañan al trabajo pero no lo definen en sí mismo: «es algo que perfila su papel en la economía de la salvación, pero que lo supone ya injertado en ella. De ahí que no deba ser el punto de arranque de una teología del trabajo, sino una consideración que surge una vez esta ya iniciada, análogamente a como la idea de Redención no encabeza la exposición teológica, sino que viene precedida por las de creación y elevación a lo sobrenatural»³⁶.

Para ser fiel a la fe cristiana, no hay que olvidar, que las penas del trabajo vivificadas con Cristo en la Cruz derrotan al pecado, por su carácter redentor.

Para acabar este apartado, Illanes reclama que para una auténtica comprensión teológica del trabajo, la importancia «del reconocimiento de la vocación divina del hombre y, en ese contexto, del valor que el trabajo tiene en la dinámica concreta de la vida espiritual»³⁷.

5. TRABAJO Y VIDA ESPIRITUAL

El autor que estamos comentando define la Teología Espiritual como «aquella disciplina teológica que estudia la existencia cristiana en cuanto proceso de encuentro y comunicación entre el hombre y Dios, en cuanto desarrollo de la vida que, incoada por el Bautismo, se despliega en el tiempo hasta alcanzar su culminación en la plenitud de los cielos. La Teología Espiritual es aquella rama o parte de la Teología que, presuponiendo el sustrato ontológico del ser cristiano –objeto en cuanto tal de la Dogmática–, considera y analiza su despliegue vital, su apropiación efectiva y existencial por parte del cristiano. En otras palabras, la Teología Espiritual tiene como objeto de estudio la vivencia real y concreta de la vida cristiana, el progresivo irse configurando del sujeto cristiano mediante esa fe, esa esperanza y ese amor que, viniendo de Dios, transforman al hombre hasta hacerle participar, en virtud de la gracia, de la vida misma de Dios»³⁸.

De esta definición podemos deducir el concepto de vida espiritual. La espiritualidad es la vivencia, el mismo vivir del cristiano. A la vez nos muestran el camino que debe seguir el cristiano para conseguir, que su vivir cotidiano, incluyendo el trabajo, se identifique y participe de la misma vida de Dios.

En anteriores apartados hemos expuesto el concepto de trabajo, así como los elementos de los que está compuesto. Illanes vuelve sobre la noción del trabajo, pero desde otro punto de vista que nos interesa resaltar: «En el lenguaje contemporáneo el término trabajo es empleado con enorme amplitud,

hasta identificarlos prácticamente con actividad o tarea, es decir, con cualquier ocupación, sea del tipo que sea, a la que el hombre se dedica con una cierta estabilidad. Entendido así, el trabajo se nos presenta como una dimensión o componente esencial de la condición humana. El hombre es un ser histórico, llamado a la acción, a través de la cual se expresa y realiza como persona, contribuyendo a la vez a la realización de la humanidad como conjunto. Esta realidad tiene, obviamente, profundas consecuencias espirituales: evidencia, en efecto, que la vocación o llamada que Dios dirige al cristiano, es decir, la invitación a la efectiva unión con Él, no acontece en el vacío, sino que connota y asume esa dimensión humana básica que es la apertura a la acción, a esa actividad a través de la cual se estructura, despliega y configura la existencia. Vocación y actividad, vocación y misión son, en suma, realidades íntimamente relacionadas; mejor, aspectos de una misma realidad: la realización en cada existencia singular del designo o elección divina»³⁹.

Continúa analizando el trabajo, y entra en la distinción entre tareas eclesiales y tareas profanas o seculares, para concluir que la gracia no elimina, no destruye, la naturaleza. La Iglesia no destruye, ni crea, ni funda, las realidades y tareas humanas, sino que las presupone pues fluyen de la condición y experiencia humana. La Iglesia cuenta, admite, que en la vida del cristiano existe el trabajo y el ocio, la cultura y la política, la familia y las relaciones sociales, etc.

«La Iglesia no es una comunidad que se sitúa frente al mundo proclamando la vaciedad de lo temporal y terreno, sino sacramento de una comunicación divina, que es ciertamente don gratuito y trascendente, pero don que asume la entera realidad, más aún, que explica porqué la realidad existe: es con vistas a su comunicación gratuita por la que Dios quiso la creación entera»⁴⁰. Por eso en la Iglesia hay vocaciones sacerdotales, religiosas y laicales, «manifestando estas últimas la hondura y radicalidad con que la gracia puede y debe informar la naturaleza y cuanto de ella deriva»⁴¹.

La idea del profesor Illanes sobre las ocupaciones profanas, que estamos comentado, coincide con las de san Josemaría: «la predicación del Fundador del Opus Dei se corona con la afirmación de que todo cristiano, y por tanto también el seglar, el laico, ha de aspirar no a una santidad limitada, adaptada a su situación, sino al contrario, a una santidad plena, excelsa, heroica: «Tienes obligación de santificarte. Tú también. ¿Quién piensa que esta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? A todos, sin excepción, dijo el Señor: Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto»⁴². Todo cristiano, también el que trabaja en las ocupaciones seculares, el que vive en lo que se ha dado en

denominar mundo de lo profano, debe sentirse urgido por Dios, llamado a la plenitud de la caridad, hasta exclamar, en la intimidad de su oración: “Señor, que tenga peso y medida en todo... menos en el Amor” (*Camino*, n. 427)»⁴³.

El trabajo en la vida humana y, concretamente, en la vida espiritual, presupone, desde una perspectiva teológico-dogmática, la compenetración entre creación y redención. A nivel de la Teología Espiritual, implica que la conexión entre vocación y misión, a la que hemos hecho referencia anteriormente, se predica de todos los cristianos, tanto de los que desempeñan ocupaciones seculares como eclesiales⁴⁴.

Illanes coincide con la doctrina de san Josemaría Escrivá, sobre la santificación del trabajo, es decir, la espiritualidad del trabajo conlleva: «santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar con el trabajo»⁴⁵. «Esta frase puede considerarse ya clásica o paradigmática»⁴⁶.

El Doctor Illanes señala que el orden de las anteriores frases –santificar la, santificarse en, y santificar con– no es «fruto del acaso...: la santidad personal (santificarse en el trabajo) y el apostolado (santificar con el trabajo) no son realidades que se alcancen con ocasión del trabajo, como si este fuera, en resumidas cuentas, externo a ellas, sino precisamente a través del trabajo, que queda así injertado en la dinámica del vivir cristiano y, por tanto, llamado a ser santificado en sí mismo. Dicho con otras palabras: los tres “miembros” de la frase se implican y reclaman»⁴⁷.

Las palabras trabajo o trabajo profesional deben ser entendidas como «la acción de trabajar con todas las relaciones interpersonales, sociales, etc., que nuestro actuar implica o que de él derivan, es decir, el conjunto de la vida ordinaria en cuanto que marcado por el trabajo»⁴⁸.

A continuación analizaremos estos conceptos.

a) Santificar el trabajo

Antes hemos visto que los tres «miembros» de la frase se implican y reclaman pues, «santificarse en el trabajo y santificar a los demás con el trabajo presuponen y connotan santificar el trabajo, hacer del trabajo mismo tarea profundamente humana y cristiana»⁴⁹.

Esta tarea profundamente humana y cristiana conlleva acabar técnicamente la labor, hacerla con perfección, con sentido profesional, con sentido ético y espíritu cristiano. «Exigirá connaturalidad de la mente tanto con la fe como con los aspectos técnicos y humanos de la actividad laboral, para llegar

así a una relación armónica, en la que la fe informe la acción humana, pero precisamente desde dentro de ella misma, sin deformaciones ni instrumentalizaciones. Todo esto es experiencia vivida, y supone de una parte, hondura humana y profesional, y de otra (...) una vivencia cristiana de la actividad laboral, de modo que se perciba existencial y concretamente el sentido que el trabajo adquiere cuando es vivido en fe, esperanza y caridad, y la fuerza vivificadora que estas virtudes poseen cuando se ponen en ejercicio en el acto mismo de trabajar»⁵⁰.

El sentido cristiano del trabajo supone realizarlo como manifestación de amor hacia los demás y, por tanto, en actitud de servicio. Trabajar de esta manera contribuirá al bien de los demás⁵¹.

Como ya hemos comentado, Illanes comparte la idea de san Josemaría en la que «santificar el trabajo, realizarlo con la seriedad que la vocación profesional y divina exigen, presupone perfección humana y trae consigo un crecimiento en esa perfección. Es imposible, en efecto, asumir cumplidamente una tarea profesional sin poner en práctica la laboriosidad, la reciedumbre, la justicia, la fortaleza, la perseverancia, la prudencia, la afabilidad, la veracidad... (...). La gracia, la vida sobrenatural, no puede ser indiferente ante el desarrollo de la personalidad humana en todas sus dimensiones»⁵². Es la dualidad de gracia y naturaleza a la que antes habíamos hecho referencia y que ahora aparece desde otro punto de vista. «Santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar con el trabajo, se nos presentan así no como tres finalidades o dimensiones paralelas, sino como tres aspectos de un fenómeno unitario: el vivir cristiano en el mundo, que tiene en el trabajo uno de sus ejes determinantes. Y esa es la razón por la que el trabajo, la santificación del trabajo, ocupa una posición de primer plano en la experiencia espiritual del cristiano»⁵³.

En otra de sus obras, hace referencia a que el vivir cristiano en el mundo supone «orientar la totalidad de la propia existencia en conformidad con el querer divino. Todo ello adquiere su sentido pleno si tenemos presente (...) que toda existencia humana se integra en realidad en el plan salvífico de Dios. (...) En todo momento y situación, el hombre está colocado ante un Dios que le ama y espera de él una respuesta.

La vocación, que invita al cristiano a entrar en un proceso de progresiva intimidad y comunión con Dios, confiere a la vez una misión, puesto que incorpora a Cristo y llama a participar de su misión redentora»⁵⁴.

La intimidad y comunión con Dios, es decir, la vocación, está relacionada y se interpenetra, con la misión, y se ponen de manifiesto en la propia vida. Se

crece en la misión, cuando se realizan las actividades propias de la vocación, y, a la inversa, se crece en la fidelidad a la vocación cuando se lucha por realizar la misión. «La vida concreta que cada cristiano está llamado a vivir, constituye no solo el eje o quicio en torno al que se desarrolla la vida espiritual, sino la materia gracias a la que adquiere consistencia histórica esa vida en cuanto vida de encuentro y trato con Dios, de identificación con Cristo, de docilidad a los requerimientos del Espíritu Santo, de plasmación en los hechos de los ideales de fraternidad, servicio y apostolado que caracterizan a la condición cristiana»⁵⁵.

La identificación con Cristo que acabamos de mencionar, presupone la conciencia clara de la cercanía amorosa de Dios. Dios siempre da el primer paso, y nos envía a su Hijo, que nos salva del pecado muriendo en la Cruz, y al Espíritu Santo para llevar al mundo entero a Dios.

La fe nos muestra esta cercanía de Dios y nos sitúa para poder gozar de un trato filial y confiado con Él enmarcado en nuestro existir diario donde se encuentra el trabajo⁵⁶.

b) Santificarse en el trabajo

Como nos recuerda el Concilio Vaticano II, y aunque ya hemos hecho referencia, volvemos a incidir en que el cristiano está llamado a la santidad, siendo esta la plenitud de la caridad. Esta llamada es don divino, entrega del amor de Dios, y a la vez respuesta del hombre con su propia vida y como correspondencia a la entrega de Dios. «La santidad es, en este sentido, meta y tarea, ideal normativo que debe informar la existencia y las acciones concretas, haciendo de todas ellas expresión de amor, momentos de un proceso de identificación con Aquel que nos ama y a quien amamos. Y ello con caracteres de totalidad»⁵⁷.

Las acciones humanas son elevadas a un plano superior, divino, sobrenatural. Las ocupaciones diarias nos llevan, siendo a la vez muy humanas, a identificarnos con Cristo. «El trabajo, las tareas humanas que llenan los días del cristiano corriente, adquieren así un horizonte nuevo: no son ya solo expresión de la propia personalidad, medio de contribuir al progreso de la sociedad, manifestación de solidaridad, de espíritu creador, sino, además –y conduciendo todo lo anterior a una nueva profundidad y sentido–, concreción del amor a Dios, acto de culto, ocasión de identificación con Cristo y de participar en su tarea redentora»⁵⁸.

El siguiente paso que desarrolla Illanes es como el trabajo, a la vez que se convierte en acto de culto, en amor de Dios, se transforma en oración. Lo vemos reflejado en la siguiente cita: «El cristiano es –debe ser– alguien que vive los sucesos de su trabajar diario, sea cual sea su actividad, con conciencia de la presencia de Dios que le llama y que espera de él un amor manifestado en ese trabajar mismo y en el servicio a los demás que con el trabajar se engarza. El trabajo es así no solo obediencia a Dios, vivencia de la condición humana tal y como deriva del designo creador, sino diálogo con Dios»⁵⁹.

En la misma línea se expresa san Josemaría: «el trabajo tuyo debe ser oración personal, ha de convertirse en una gran conversación con Nuestro Padre del Cielo. Si buscas la santificación en y a través de tu actividad profesional, necesariamente tendrás que esforzarte en que se convierta en una oración sin anonimato (...)»⁶⁰.

La gracia de Cristo nos llega a través de la vida sacramental, estando en primer lugar la Eucaristía, que irradia toda la actividad del cristiano. En este actuar cotidiano en el que el hombre puede expresar con obras el amor, es decir, viviendo con caridad y perfección la solidaridad y el servicio, es donde se produce el encuentro con Dios, donde nos identificamos con Cristo. Ni que decir tiene, que dentro de este actuar cotidiano está presente el trabajo. «La santidad, en la totalidad de sus dimensiones, puede, y debe, manifestarse y crecer con el trabajo»⁶¹. Es la paradoja del trabajo que pasa de ser una actividad odiosa para muchos a ser medio para conformarse con Cristo.

Illanes se expresa con palabras similares en otra de sus obras: «si la gracia debe informar la vida humana y, en ella, el trabajo ocupa un lugar decisivo, se comprende enseguida que sea no la fuente –que es Dios y su gracia–, pero sí el eje en torno al que se desarrolla la obra de la santificación, “el quicio sobre el que se fundamenta y gira nuestra llamada a la santidad”»⁶².

Estas últimas palabras, eje, quicio, nos vuelven a mostrar la importancia que tiene el trabajo para la santificación personal.

c) Santificar con el trabajo

En la Constitución *Lumen Gentium*, n. 31, del Concilio Vaticano II, se nos recuerda que a los laicos por vocación propia, compete buscar el Reino de Dios a través de la gestión, ordenada según Dios, de los asuntos temporales, y por tanto, a través del trabajo.

Si el cristiano trabaja, como hemos indicado, en el anterior apartado, es decir, con caridad y perfección, con solidaridad y servicio, manifestará un estilo, un testimonio de vida, que aspirará a prolongarse en palabras para dar a conocer a Cristo y hacer apostolado⁶³. «(...) Este testimonio no se busca y en ocasiones ni siquiera es querido, pero es inseparable del vivir. Un testimonio de trabajo bien hecho, de cumplimiento de los deberes del propio estado, de amistad sincera, de sensibilidad social, de práctica de las virtudes humanas y divinas. Un testimonio de cuño secular y laical, sin ostentación, siendo, entre los otros ciudadanos, uno más, sin singularidades, sin la pretensión de ser tenido por mejor que los otros, obrando con sinceridad, con sencillez, con conciencia de los propios defectos y esforzándose por superarlos. Un testimonio, en suma, sin espectáculo, con la naturalidad propia del acontecer diario, pero real y verdadera. Y ese testimonio sencillo, que nace de la vida, provoca, (...) el diálogo con los otros, la conversación sobre las fuentes del vivir: en suma –y así se cierra el círculo–, el apostolado como palabra que anuncia a Cristo»⁶⁴.

Si los cristianos queremos dar un testimonio de nuestra fe debe estar avalado por el prestigio profesional, por ser buenos trabajadores. Este prestigio nos dará la autoridad suficiente para que al menos nos oigan. No se entiende que una persona que no tenga prestigio pueda convencer. Esta buena reputación se consigue trabajando mucho y bien. Después vendrá la conversación con nuestros compañeros, amigos, para acercarlos a Dios. Si los católicos queremos influir en el ambiente para que verdaderamente sea el Reino de Dios debemos ser los mejores en los distintos ambientes profesionales, culturales, etc. y para esto hay que trabajar y estudiar mucho.

Hechas estas premisas, acaba con el mismo planteamiento, que antes hemos expuesto, sobre el trabajo, pero haciéndolo de un modo más general, es decir, sobre la propia vida ordinaria, sobre todo el actuar humano y no solo del trabajo:

- a) Santificarse en y a través de la propia vida.
- b) Santificar a los demás en y con la propia vida.
- c) Santificar las realidades que conforman y estructuran el concreto vivir⁶⁵.

Como colofón a este apartado, haremos referencia a la homilía que san Josemaría pronunció en el campus de la Universidad de Navarra, Pamplona, el 8 de octubre de 1967. Está recogida en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*. Una vez más la coincidencia con los planteamientos de

Illanes es significativa. «... Cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...»⁶⁶.

Aunque, ya lo hemos indicado anteriormente, este texto nos muestra cómo realizando con amor las actividades de la vida ordinaria, llegamos a la propia santificación, y por lo tanto a la unión con Dios.

Gérard Philips, comentando la primera publicación de esta homilía en lengua francesa, decía que es «lectura recomendada a los teólogos de profesión, para que se dignen descender a la vida concreta del hombre corriente»⁶⁷.

Efectivamente, Illanes nos plantea una verdadera teología espiritual del trabajo, es decir, la compenetración entre trabajo y vida cristiana.

Es consciente de la teología del trabajo en las dos grandes líneas que él mismo observa y define. Por una parte, la relación entre el trabajo y la historia. Por otra, la relación entre el trabajo y la persona. Sin embargo, él añade un aspecto más: la relación entre trabajo e Iglesia, o más específicamente, misión de la Iglesia. Este encuadre del trabajo humano en la misión salvífica de la Iglesia, hace posible el planteamiento teológico de una espiritualidad del trabajo, es decir, el planteamiento positivo de la relación entre santidad y trabajo.

Lógicamente, este nuevo paso del teólogo sevillano, está directamente relacionado con la espiritualidad secular del Opus Dei. A partir de esa visión de la vocación del cristiano-laico en la Iglesia, fundamentada en la visión particular del misterio de Cristo, es posible plantear la relación entre vida cristiana y trabajo en estos términos.

Aquí se aúna el trabajo como constructor de historia, el trabajo como forjador de la persona, y el trabajo como realizador de la Iglesia. Partiendo del misterio de Cristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, Hijo de Dios y Redentor, trabajador y Resucitado, se comprende el misterio del cristiano que en medio del trabajo/mundo y a través del trabajo/mundo debe contribuir (co-redimir) a la comunión del universo (la historia, la persona, la Iglesia) con el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

ANEXO

*Entrevista realizada a D. José Luis Illanes
en Pamplona el 8 de agosto de 2014*

1. Permítame que comience con una pregunta general: ¿qué es el trabajo?

Una pregunta muy sencilla de formular pues consta solo de cuatro palabras, pero complicada de responder. Al trabajo le pasa como a otros muchos vocablos que tienen significados muy amplios y a los que se les puede aplicar lo que san Agustín dice del tiempo: todo el mundo sabe lo que es, pero cuando se trata de definirlo el pensamiento tropieza.

De hecho, Juan Pablo II se encuentra con ese problema y en *Laborem exercens* intenta afrontarlo. El trabajo, afirma al final, es toda actividad que sale de la mano del hombre. Expresión válida en el contexto de la encíclica, pero demasiado genérica, porque de hecho no toda actividad es trabajo. Por ejemplo: el deporte no es un trabajo; las conversaciones familiares no son un trabajo; y lo mismo vale de otras muchas actividades que cabría mencionar.

Podemos decir, acercándonos más, que trabajo es una actividad que produce un fruto. Una actividad transitiva, que realiza algo distinto de ella misma. En un sentido material, porque da origen a casas, libros, edificios. Pero también cuando da origen a algo inmaterial, como son las ideas. Por eso el estudio es un trabajo; incluso el mismo pensamiento, cuando el sujeto medita a fin de entender algo, es también un trabajo.

El trabajo, además de su carácter transitivo, implica otra cosa. No solo produce un fruto, sino un fruto que se quiere producir. El trabajo no es instintivo. El trabajo presupone un querer hacer algo, un querer obtener un fruto que no surge inmediatamente de lo que tengo frente a mí. Implica enfrentarse con la realidad presente, decir: no me conformo con lo que hay, sino que quiero otra cosa. No me conformo –digámoslo con un ejemplo– con esa arena o esa tierra que están ahí, sino que quiero construir un ladrillo.

En ese sentido, el trabajo es una labor inteligente y Juan Pablo II pudo decir que solo el hombre trabaja. En esta línea los pensadores antiguos, ya desde el mundo griego, definieron el trabajo como obra de la inteligencia de las manos, de una inteligencia que piensa y de unas manos que realizan.

2. Si eso es el trabajo, ¿qué es la teología del trabajo?

La teología del trabajo es la reflexión cristiana, o sea, desde la fe, sobre esa realidad humana que es el trabajo, teniendo en cuenta todo lo que me dice el dogma cristiano sobre el hombre, su razón de ser y su destino.

Propiamente hablando, el dogma cristiano no contiene de forma directa una teología sobre el trabajo porque es anuncio sobre la realidad de Dios, sobre la salvación humana y sobre el camino espiritual y moral que hay que recorrer para llegar a esa meta. No intenta, pues, decirnos lo que sea el trabajo, como tampoco intenta decirnos lo que sean la política, el arte o la música. Lo que sí contiene es una verdad que proyecta una luz decisiva sobre el conjunto de la vida humana y por tanto sobre todo lo que la integra, y por tanto también sobre el trabajo.

El trabajo ha sido siempre valorado, primero por la tradición judía, y después por la tradición cristiana, con diferencia de matiz a lo largo de la historia, cuestión a la que podríamos quizás hacer referencia después. De momento nos podemos contentar con decir que la teología del trabajo es la reflexión desde la fe sobre la realidad humana del trabajo, en orden a captar las riquezas que esa realidad presupone y el lugar que está llamada a ocupar en el contexto de lo que la fe nos dice sobre el destino del hombre en cuanto ser llamado a la unión con Dios y a la vida eterna, y por tanto a la realización en la historia de la comunión y la fraternidad.

3. ¿Por qué no me comenta algunas de las líneas centrales de esa teología del trabajo? ¿Cuál es la que considera más importante? ¿Es acaso la que relaciona trabajo y escatología?

Yo diría que las líneas estructurales de la teología del trabajo dependen de dos dogmas cristianos fundamentales.

En primer lugar, la creación: el hecho de que el hombre ha sido creado por Dios y colocado por Dios en la historia. Dios no ha querido que surgiera un mundo terminado desde el instante mismo de su creación, sino un mundo destinado a llegar a su fin o meta contando con el despliegue de la naturaleza y, muy especialmente, con la libertad humana. No ha querido producir directamente el reino de los cielos, sino un mundo en el que habitaran unos seres, los hombres, con los que pudiera establecer lazos personales, llamarlos a ser sus amigos, más aún sus hijos. Y para establecer lazos de amistad hace falta que haya libertad y una historia en la que la libertad se ejerza y se abra al don de Dios y al de la fraternidad. El mundo, tal y como Dios lo ha querido, implica libertad e historia, y, dada la corporalidad del hombre, trabajo como una de las actividades en las que la libertad se ejerce y la historia se construye.

La segunda realidad fundamental es la Encarnación. El hecho de que Dios se haya hecho hombre y, al hacerse hombre haya asumido por entero la condición humana, y, en ella, el trabajo. Cristo no ha aparecido en la historia fantasmagóricamente: no es un ser que irrumpe en el mundo a la edad de treinta años y como venido desde fuera de él. El Verbo de Dios se encarna naciendo de una mujer, creciendo poco a poco, trabajando con su padre en su taller de artesano

y probablemente, después de muerto san José, llevando adelante ese taller hasta que llegó el momento de dejar Nazaret y encaminarse hacia el Jordán para encontrarse con el Bautista. Así nos lo presentan los evangelios.

Esos dos datos, que el mundo ha sido encomendado al hombre para que lo trabaje y que Dios ha trabajado, conforman, a mi juicio, el punto de partida fundamental para toda teología del trabajo.

4. Aunque se trate de un tema que ya expone en sus obras, ¿no podría explicarme ahora por qué considera que es necesaria una antropología que sirva de base a la reflexión sobre el trabajo?

Bueno, antes de contestar a esta pregunta, lo primero que voy a hacer es terminar de contestar a la anterior, en la que me preguntaba si una línea fundamental de la teología del trabajo es la que relaciona trabajo y escatología.

No me parece que la escatología sea, por sí sola, la línea fundamental. Ciertamente trabajo y escatología se relacionan, pero la escatología ha de ser comprendida en el contexto de las dos verdades a las que me acabo de referir. El mundo no está constituido por un acontecer que gira sobre sí mismo, sino que tiene una historia, más concretamente una meta: la amistad con Dios, y, en Dios, la de los hombres entre sí, destinadas ambas a permanecer en la eternidad.

Está revelado que habrá un nuevo cielo y una nueva tierra en los que habitará la justicia (2 Pt 3, 13). *Gaudium et spes*, glosando ese texto en su número 39, dice que en esos nuevos cielos y en esa nueva tierra, en esa situación definitiva, todo lo bueno que hayamos hecho en la vida a nivel moral, físico, social, etc. lo encontraremos, aunque llevado a perfección. El trabajo tiene, pues, relación con la consumación.

Pero la fe nos dice también que el final de los tiempos implicará una auténtica transformación. O sea, ese nuevo cielo y esa nueva tierra, serán realmente nuevos, en continuidad con la historia presente, pero cambiados por una intervención de la gracia que no nos ha sido revelado como acontecerá. No sabemos, por tanto, cómo se va a conservar este mundo que hemos trabajado, las realidades que se han producido a lo largo de la historia y las metas que el progreso de la humanidad ha permitido alcanzar.

Sí sabemos, en cambio, que se conserva el hombre con toda su realidad personal. Por eso me parece que la línea teológica fundamental de la teología del trabajo no es la escatológica, sino la antropológica. En este sentido estoy totalmente de acuerdo con su pregunta. Detallando más, se conserva lo que la antropología cristiana enseña respecto a la condición del hombre como ser corporal y espiritual, que se realiza a través del cuerpo y del espíritu, mejor dicho, en la unión de cuerpo y espíritu. Sobre el hombre como ser que tiene historia,

como ser llamado a un trabajo que contribuye a la formación de la personalidad y a la realización de un mundo que aspira a ser cada vez más humano. Como ser cuya libertad se expresa trascendiendo lo inmediato y colocando la naturaleza material al servicio del hombre, del conjunto de los hombres, en cuanto seres personales, llamados a la relación con Dios y a la mutua fraternidad. Este amplio panorama, con lo que nos revela y con lo que nos anuncia, ha de estar detrás de cualquier teología del trabajo.

5. En sus escritos ha comentado que está por hacer una teología del trabajo: ¿qué le falta a usted para afrontar este reto e intentar desarrollarla?

Pues mira, en estos momentos y comenzando por el final de tu pregunta, diría que lo que me falta son años; o lo que me sobra, según se quiera ver. Pues 81 años son demasiado para afrontar aventuras de ese tipo.

Pero vamos al tema. En alguna ocasión he afirmado, efectivamente, que falta una teología del trabajo. Pero conviene entender bien esa expresión. Porque la realidad es que a lo largo de la historia tanto la precristiana como la cristiana ha habido mucha reflexión sobre el trabajo. Baste remitir, aunque su enfoque sea filosófico y no teológico, a los siete tomos de *Filosofía del lavoro: storia antologica*, de Antimo Negri, que ofrece un panorama bastante completo hasta mediados del siglo XX.

A la vez me atrevo a reiterar que falta una teología del trabajo si con esa expresión entendemos una exposición acabada, que constituya un punto de referencia substancialmente aceptado por todos los que se ocupan del tema. Es posible, por lo demás, que una teología y una filosofía del trabajo así entendidas no pueda haberlas nunca. El trabajo como realidad humana presupone un substrato que permanece a lo largo de la historia, pero que a la vez va cambiando y evolucionando, lo que da pie no solo a nuevas situaciones y a nuevos horizontes y, en consecuencia, a nuevas reflexiones.

En todo caso diría que, hasta ahora, no se han desplegado todas las implicaciones que la luz de la fe cristiana arroja sobre el trabajo. Hacerlo no es tarea de una sola persona, sino de una reflexión en la que vayan colaborando y aportando muchos. En esa tarea el espíritu del Opus Dei y el mensaje de su fundador, san Josemaría Escrivá de Balaguer, serán una gran ayuda. Pero todo pensador cristiano, sea cual sea su trasfondo espiritual, está llamado a colaborar.

6. Suele decirse que la espiritualidad consiste en incorporar a la vida la verdad expresada en el dogma. ¿Qué comprende la espiritualidad del trabajo? ¿Cómo la definiría?

Puede definirse de dos maneras. Primero, como el hecho de vivir espiritualmente el trabajo. En este sentido la espiritualidad del trabajo significa, para un

cristiano, vivir su trabajo con conciencia de la cercanía de Dios y con espíritu de servicio.

Una segunda posibilidad es definirla como la reflexión sobre la vivencia espiritual del trabajo. El sujeto no se limita a vivir esa experiencia o a narrar cómo la viven otros, sino que aspira a analizar la vivencia, a señalar sus presupuestos así como las actitudes y virtudes que la conforman y los comportamientos que están relacionados con ella.

La espiritualidad del trabajo implica, ante todo –a mi juicio–, dos cosas. Por un lado, la valoración del trabajo como realidad humana, y por otro, la conciencia de que esa realidad humana del trabajo no se cierra sobre sí misma, no es un actuar que recibe sentido solo de lo que produce. El acto de trabajar está en cada instante situado ante los hombres que nos rodean y ante el futuro de una humanidad a cuyo progreso va contribuyendo, y, lo que es más, ante Dios con quien el sujeto que trabaja está llamado a entrar en relación. Esos son, efectivamente, los dos elementos decisivos de una espiritualidad del trabajo: sentido de misión y conciencia de la cercanía de Dios.

A ese respecto, el espíritu del Opus Dei ha implicado una importante aportación porque ha hecho ver, no solo con la palabra sino con el testimonio, una realidad fundamental: la unidad de vida, el hecho de que el cristiano tiene que santificarse santificando su vida, y santificándola tal y como es, o sea, sin escaparse de lo concreto sino incorporándolo en el contexto de un existir informado por la fe y la caridad.

7. Desde 1965 viene usted escribiendo sobre la teología y la espiritualidad del trabajo. Su planteamiento teológico se mantiene a lo largo de los años, aunque hay diferencias de acentos. Y también ocurre, como en cualquier pensador, que hay citas de autores que aparecen en un determinado momento o que desaparecen, pues en un principio se utilizaron y después se consideran innecesarias. Uno de estos casos es M. D. Chenu. Como muy bien sabe, fue uno de los primeros impulsores de la teología del trabajo y concede una especial primacía al valor objetivo de esta actividad. Usted lo cita en sus primeras obras pero luego deja de acudir a sus escritos; más aún califica su obra más conocida como un «libro sugerente pero desacertado en más de un punto». Algo parecido, pero en menor medida, me parece que sucede con Thils. ¿Podemos considerar que el pensamiento teológico de Illanes evoluciona a lo largo de su vida?

Chenu, al que usted se ha referido en primer lugar, es autor de una obra breve, pero significativa, en la que recoge algunos artículos ya publicados, agrupándolos bajo el título de *Teología del trabajo*. Tal vez lo más importante de ese libro sea, precisamente, su título. Chenu es, en efecto, alguien que subrayó fuertemente que el trabajo debe ser retomado teológicamente.

A lo largo de su vida intelectual, Chenu se interesó por la patrística y por la teología medieval, pero su obra, en lo que se refiere a la consideración del trabajo, está escrita teniendo muy presente a Marx. Marx es, sin duda alguna, una figura clave en la historia de la reflexión sobre el trabajo. Pero, cerrado a todo horizonte trascendente, ve el trabajo solamente como un componente fundamental de la historia, de una historia en la que la humanidad se va creando a sí misma precisamente a través del trabajo. Esa premisa tiene muchas consecuencias en la obra de Chenu. Entre otras, su afirmación según la cual no podía haber teología del trabajo hasta después de la revolución técnico-industrial. En la época pre-industrial no había, ni podía haber, teología del trabajo.

Ese juicio tiene algo de verdad. En las sociedades antiguas era más importante la política que el trabajo. En la sociedad moderna, el trabajo, y la economía, son tan importantes, o más, que la política. Pero en todo caso también en las épocas pre-industriales había trabajo, y reflexión sobre el trabajo. La época romana, en la medieval, en la barroca, así como en otras civilizaciones no se percibía tan claramente como en la nuestra lo que la técnica y el trabajo influyen en la evolución y configuración sociales. Pero en todas ellas el hombre trabajaba, tenía, más o menos desarrollada, conciencia del valor de su trabajo, y, si era un cristiano o al menos creyente, también de su comunión con Dios. Considerar el trabajo preferentemente desde la perspectiva de su influjo en el devenir de las sociedades es algo que, a mi juicio, lastra el pensamiento de Marx, y, aunque en menor grado, también el de Chenu.

Respecto a Gustave Thils no tengo conciencia de haberlo criticado. Su *Teología de las realidades terrenas*, apunta muchos temas, aunque no llegue a desarrollarlos. En mi reflexión más que a Chenu y a Thils le he concedido importancia –y me limito ahora a escritos de naturaleza teológica– a otras obras y autores. A Henri de Lubac y a su libro, *Catolicismo, aspectos sociales del dogma*, en el que pone de relieve la importancia de la punta social de las verdades centrales del dogma cristiano. A Jacques Maritain y a su *Humanismo integral*. A *La Teología de la Historia*, de Marrou que, en diálogo con Cullmann, subraya el valor teológico del tiempo. A Congar y sus *Jalones para una teología del laicado*. Hay otros muchos autores, anteriores o posteriores a los mencionados que han realizado aportaciones notables, y que he tenido en cuenta; también, como es obvio, a algunas de las grandes figuras de la patrística y de la teología medieval, en especial a san Agustín y santo Tomás de Aquino. Finalmente, trascendiendo el campo de la teología en sentido estricto no puedo dejar de mencionar a san Josemaría Escrivá de Balaguer y a Juan Pablo II cuya encíclica, *Laborem exercens*, contiene enseñanzas decisivas.

¿He evolucionado?, me preguntaba. Probablemente sí, pero decirlo y precisar en que sentido es algo que deberá hacer quien –si alguna vez ocurre– se

anime a estudiar lo que yo he escrito y llegue a una conclusión. Por mi parte me limitaría a apuntar que quizá he ido subrayando cada vez más fuertemente el aspecto antropológico del trabajo.

8. De la espiritualidad del trabajo y de la necesidad de elaborar una teología de esta actividad se empezó a hablar a partir de los años veinte del siglo pasado, aunque su importancia y su urgencia no se puso de manifiesto hasta el Concilio Vaticano II, y en particular en *Gaudium et spes*, *Lumen Gentium* y *Apostolicam actuositatem*. Unos años después san Juan Pablo II que con su encíclica *Laborem exercens*, que usted acaba de citar, y con todo su Magisterio expone un «evangelio del trabajo», resaltando la importancia del trabajo como participación en la obra del creador y recalcando la figura de Cristo, como hombre del trabajo. Ya finalizando la década de 1960 la exhortación apostólica, *Christifideles laici*, n. 17, reafirma que el laico cristiano tiene por vocación santificar el mundo. Y en el año dos mil dos se canonizó a san Josemaría Escrivá que había escrito, años antes, que el cristiano está llamado a santificar la profesión, santificar con la profesión y santificarse con la profesión.

Como testigo del proceso que acabo de describir –conoció y colaboró con san Josemaría, vivió en Roma durante los años del Concilio, participó en el Sínodo de 1987 sobre la vocación y misión de los laicos, y un largo etc.–, ¿no cree que la espiritualidad del trabajo ha conocido un fuerte avance a lo largo del siglo XX?, ¿piensa que ese impulso a la espiritualidad del trabajo tiene una gran relevancia?, ¿lo considera necesario para la vida de la Iglesia, y más concretamente para la santidad en el siglo XXI?

Ciertamente las expresiones teología del trabajo y espiritualidad del trabajo se difundieron durante la primera mitad del siglo XX. Antes, se había hablado, y mucho, del trabajo, pero sin acudir a esas expresiones.

Esa evolución del lenguaje está relacionada, sin duda, con la importancia que el trabajo ha adquirido como consecuencia de la revolución técnico-industrial. Pero también, y tal vez más profundamente, por la conciencia cada vez mayor que se adquiere acerca de la llamada que Dios dirige a cada hombre desde su nacimiento y, a cada cristiano, desde el bautismo. El cristiano, como todo hombre, es un ser que trabaja. La profundización en las riquezas de su vocación bautismal, realidad a la que está unida la proclamación de la llamada universal a la santidad, no podía por menos de llevar a una advertencia del papel que el trabajo, el hecho de trabajar, debe desempeñar, en la vida espiritual. Así ha acontecido en el periodo al que ahora nos referimos, en ocasiones, como fruto de la reflexión teológica o de la advertencia de los presupuestos que reclama la acción; en otras, es el caso de san Josemaría, como consecuencia de una luz que

le llevó a percibir, en octubre de 1928, que Dios le llamaba a difundir la busca de la santidad por parte de todo cristiano.

Me gustaría insistir en algo ya mencionado antes: la distinción entre teología del trabajo y espiritualidad del trabajo. La teología es, en este caso y en todos, la reflexión especulativa sobre una realidad, verdad o tema. La espiritualidad del trabajo presupone una vivencia espiritual del trabajo que provoca, a su vez, la toma de conciencia de las dimensiones espirituales que el trabajo va poniendo de relieve. La teología viene, en este sentido, después de la espiritualidad y se alimenta de ella.

Hablar de espiritualidad del trabajo supone afirmar que la vida espiritual cristiana no se edifica al margen del acto de trabajar. Que la vida espiritual no es solo hacer oración durante algunos momentos del día, no es solo situarse frente a Dios en la tranquilidad de una iglesia, no es solo tener en ese contexto sacro una experiencia de la cercanía divina, sino vivir la realidad de la cercanía divina también en el trabajo y a través del trabajo. Por eso Juan Pablo II podrá decir, en frase muy repetida, que el hombre es siempre el fin del trabajo, el sujeto del trabajo, ya que con su trabajo no solo construye, sino que está llamado a construir a sí mismo. San Josemaría lo dice con frase ya citada: hay que santificar el trabajo, santificarse con el trabajo, santificar con el trabajo. El trabajo y la santificación del trabajo aparecen como momentos centrales de toda vida cristiana, y muy especialmente de la del laico, es decir, del cristiano que vive en medio del mundo, y al que Dios llama a participar de la vida y la misión de la Iglesia en el mundo y tomando ocasión del mundo. Y esta realidad subyace a los interrogantes que usted formulaba al final de su pregunta, a la que me parece que puedo, con lo dicho, considerar contestada.

9. Los planteamientos teológicos que usted mantiene sobre el trabajo y la espiritualidad del trabajo se basan en el espíritu del *Opus Dei*. Con san Josemaría trabajó y colaboró estrechamente durante doce años. ¿Cuáles son las aportaciones que usted piensa que ha realizado en el campo de la espiritualidad del trabajo y en qué puntos incidiría más?

Pienso que una de las realidades, aprendidas en la escuela de san Josemaría, que más inciden en la temática de la espiritualidad del trabajo y que yo personalmente más he comentado, es la valoración de la vida ordinaria. La consideración de que lo importante en la existencia de cada ser humano, y en la gran epopeya de la historia, no son solo algunos acontecimientos extraordinarios, sino el vivir de cada día. La reacción ante los acontecimientos extraordinarios está preparada por la vida que les antecede y debe redundar en la vida que les sigue. Más aún, esa vida ordinaria tiene valor no solo como preparación, sino que vale por sí misma, pues es ahí, en la vida ordinaria, donde madura y se edifi-

ca la persona. Desde esta perspectiva se percibe con claridad la importancia del hecho de que Cristo naciera en un hogar de familia y trabajara durante muchos años, mostrando así el valor de lo cotidiano.

Un segundo punto se relaciona íntimamente con el anterior: la unidad de vida. La convicción de que la vida no está formada de elementos sueltos, sino por eventos y realidades que, aunque sean fruto de procesos muy diversos e independientes entre sí, pueden ser referidos a una instancia última que les da unidad y sentido. ¿Cuál es esa causa última? Obviamente Dios que ha querido la totalidad de la creación y con su providencia la lleva hacia una meta. Esto trae consigo que la unidad de vida, dando a la expresión su sentido más fuerte, puede afirmarse solo en un planteamiento monoteísta. Para un planteamiento politeísta, como es el que se encuentra en diversas culturas antiguas, y también contemporáneas, la existencia de varios dioses, tal vez relacionados entre sí, pero a fin de cuentas independientes, nada unifica el acontecer, y el hombre está en manos de la fortuna.

Para un cristiano no es así. Sabe, por la fe, que detrás de cuanto acontece, está Dios que lo quiere o lo permite, y que, si lo permite –Dios no quiere el mal– es porque sabrá sacar de él bienes. Ciertamente no conocemos los planes divinos, pero, en la fe, podemos confiar en Él, reconocer que estamos yendo hacia una meta a la que Dios conduce cada historia personal y la del mundo. Una meta cuyo detalle no conocemos, pero cuya realidad nos ha sido revelada en Cristo, en la infinitud del amor divino que se nos ha dado a conocer en la muerte de Cristo Jesús, del Dios hecho hombre por amor a los hombres.

Todo esto se refleja, pasando del plano metafísico al antropológico, en la unidad de vida, que no es otra cosa que la conciencia viva de la cercanía, de la inmediatez de Dios y de su amor, en todos los momentos del existir. Dios está aquí en este momento, en cualquier momento de nuestra vida y por tanto puedo referirlo a Él. La fe remite a Dios no solo en las funciones litúrgicas y en ratos dedicados a la meditación o la oración, sino en todo momento, también durante el trabajo. Por eso san Josemaría afirmaba que el hombre está llamado a crecer en la fe hasta ser contemplativo en medio del mundo.

Vivir cara a Dios no implica evadirse del trabajo, sino –en quien está llamado a trabajar, y todo ser humano de un modo u otro lo está– a realizar bien el trabajo, tomando conciencia –y este es el tercer rasgo que quería subrayar– de sus exigencias técnicas y sociales. Solo un trabajo bien hecho se puede ofrecer a Dios. No solo por seriedad humana, sino también por seriedad cristiana la persona de fe está llamada a cuidar su tarea, a terminarla bien, a estar en los detalles, a procurar ser eficaz, a vivir en todo momento la justicia y la solidaridad...

El trabajo –y me acerco así al cuarto y último rasgo– no solo incide en la sociedad, sino que se realiza socialmente. Salvo casos muy especiales, la acción

de trabajar pone en relación con colegas, con compañeros, con colaboradores. Tanto en su horizonte remoto –a contribución al bienestar social y al progreso–, como en el inmediato, la luz y la paz que derivan de la fe. Hemos de ser no solo realizadores de un trabajo técnicamente perfecto, sino también de una sociedad justa en la que pueda darse –y se dé de hecho– una comunión y amistad entre personas. El cristiano, que ha recibido el don de una fe que fundamenta la fraternidad está llamado a ser –vuelvo a una expresión del fundador del Opus Dei– sembrador de paz y de alegría.

10. Aunque quizás huelgue realizar esta pregunta al Director de un Instituto Histórico, el hecho es que usted, cuando habla de la santificación del trabajo siempre hace referencia al hombre como un ser que participa en la historia, que vive en el seno de una sociedad dotada de un dinamismo histórico. San Josemaría tiene presente esta faceta pero nos parece que usted la desarrolla y amplía más. ¿Por qué? ¿Tan importante considera la historia?

Considero, efectivamente, muy importante la historia en orden a la reflexión el trabajo. El trabajo no solo tiene una historia, sino que incide en la historia. Juan Pablo II lo recalca con claridad en *Laborem exercens*. San Josemaría, aunque su mensaje tiene por objeto directo la santificación del trabajo, tiene también presente esta realidad. En su obra hay de hecho pasajes en los que ofrece una gran panorámica de la historia de la salvación que evoca precisamente como contexto adecuado para situar el trabajo. El mundo –recuerda en *Es Cristo que pasa* (por ejemplo, 106 y 183)– fue creado bueno por Dios y, aunque esté dañado por el pecado, ha sido regenerado por Cristo, Dios hecho hombre, que, muerto y resucitado, comunica su vida a los hombres para que, hechos hijos de Dios, reconciliemos el mundo con Dios y lo llevemos hasta la plenitud final.

Un estudio sobre el trabajo, a mi juicio, es inseparable de una reflexión sobre la historia tanto a nivel teológico como filosófico y sociológico. Entre otras cosas porque el trabajo nos remite, como ya decíamos antes a la escatología, pero también porque el fenómeno del trabajar desemboca en la división del trabajo, y ésta en el progreso histórico, ya que la historia evoluciona en gran parte en la medida en que los trabajos se van diferenciando permitiendo así, al entrecruzarse y complementarse, desarrollos ulteriores. Esta diferenciación puede haber sido en los inicios muy pequeña y probablemente unida a la diferente constitución del varón y de la mujer: el hombre va a la caza de animales, mientras que la mujer, más débil, cuida la casa y los hijos. A eso se une la distinción entre pueblos ganaderos y pueblos agricultores, y luego muchos más desarrollos hasta llegar a la especialización de profesiones que hoy conocemos.

Marx prestó gran atención a la división del trabajo. Y vio en ella el motor de la historia, pero a la vez lo consideró como una especie de pecado original, o mejor dicho, como una etapa negativa por la que es necesario pasar para que la exacerbación de la distinción entre trabajo y capital provoque el advenimiento, un estado en el que se alcance la armonía entre el hombre y la naturaleza y, en consecuencia, desaparezca la división del trabajo. El paraíso con el que Marx sueña es un mundo en el que la identificación del hombre con una naturaleza plenamente dominada permitiría que cada individuo pueda hacer lo que en cada momento desee: pescar por la mañana, leer a mediodía, escuchar música al caer la tarde... En suma, un paraíso burgués, no solo utópico, sino falso, porque el hombre está hecho para mucho más que eso: tiene ansias de infinito.

El ser humano está hecho para más allá de la historia: para el encuentro con Dios. Pero llega a ese encuentro recorriendo la historia. El trabajo se inserta en una historia en la cual el hombre se va realizando en y a través de la libertad. La historia no tiene por hilo conductor decisivo la evolución de los medios de producción sino las decisiones libres. Existe, ciertamente, lo que algunos autores han llamado la biología de la historia, algo que nos viene dado, en lo que los resultados de fases precedentes se acumulan. Cada generación se encuentra en la situación en que le colocan las generaciones pasadas. Pero esa biología no lo condiciona, ni lo encierra en un horizonte material. Cada generación humana, y cada hombre, están llamados a asumir la situación en la que han nacido y orientarla libremente hacia una meta que preparan, pero que, a la vez, no lo olvidemos, les trasciende, pues –así lo proclama la fe cristiana– consiste en la plena comunión con Dios y con la humanidad redimida. Historia y escatología, tiempo y eternidad están íntimamente relacionados. Y ambos han de ser tenidos presentes en la reflexión teológica, y teológico espiritual, sobre el trabajo.

Hace varios años escribí un libro que titulé *Hablar de Dios*, en el que me enfrentaba con las llamadas «teología la secularización» y de «la muerte de Dios» y aspiraba a fundar cristianamente la secularidad. En ese contexto, critiqué un texto de Calderón de la Barca, concretamente una de sus obras más significativas: *El gran teatro del mundo*. Calderón ve el mundo como un teatro en el que cada persona que entra en escena, que nace, está llamada a representar un papel: rey o reina, militar, gentilhombre, agricultor, fraile, monja... La obra termina con la representación del juicio, en el que se manifiesta que lo que vale es el amor. Todos los personajes van abandonando su traje, salvo las monjas y los frailes, que conservan sus hábitos.

Calderón acierta cuando afirma que la función que se desempeña recibe su valor último por la caridad, por el amor. Pero, en la eternidad, el traje –si cabe hablar así– no lo conservan solo los frailes y las monjas, sino también los reyes, los artesanos, los médicos, los abogados, los campesinos, etc. Porque esos trajes

no son meros trajes. El trabajo no es una vestidura que me pongo o me quito, pero que en todo caso es exterior a mí, sino parte de la vida ordinaria, parte de esa vida que debemos vivir de modo que desemboque en el reino de los cielos.

11. El profesor Martin Rhonheimer mantiene en su libro, *Transformación del mundo*, que tanto el luteranismo como el puritanismo calvinista redescubrieron el valor religioso y cristiano de la vida corriente, es más, afirma que los reformadores fueron los primeros en redescubrir la vida ordinaria y el trabajo como vocación cristiana. Por lo que le he leído, me parece que usted no está muy conforme con estas afirmaciones.

Conozco al profesor Rhonheimer desde hace bastantes años. Y conozco también el libro que cita, que me parece muy acertado. Pero pienso que esas afirmaciones concretas tienen que ser matizadas. Y esto no porque yo no sea consciente de la importancia que el trabajo tiene en el planteamiento de Lutero y de Calvino, y del influjo que ambos reformadores han ejercido en la reflexión cristiana sobre el trabajo, sino por dos razones, una histórica y otra teológica, que me parecen importantes.

Ciertamente el monaquismo dió lugar a que la consideración del trabajo secular quedara de algún modo en olvido. Analizando la historia del movimiento monástico y de su influjo se advierte una paradoja. Por un lado, los monasterios benedictinos y aún más, los cistercienses influyeron mucho en el desarrollo del trabajo. Fueron núcleos de trabajo, y en especial los cistercienses contribuyeron al desarrollo medieval de técnicas e instrumentos de trabajo. Pero no desarrollaron una reflexión teológica sobre el trabajo como realidad humana y secular. En consecuencia durante bastante tiempo se puso el acento, como realidad dotada de pleno valor cristiano, en la vocación monástica o, en términos más amplios, en la religiosa. El texto de Calderón de la Barca al que antes criticaba, entronca con esa visión.

Hay que señalar, por otra parte, un segundo hecho histórico de singular importancia, también para nuestro tema. En la Edad Media del occidente cristiano desapareció casi por entero la esclavitud. Y esto trajo consigo que tareas que, en el mundo griego y en el romano eran realizadas por esclavos, pasaran a ser realizadas por hombres libres, plenamente ciudadanos de las villas en que vivían, que participaban en su gobierno y se organizaban en gremios. Todavía encontramos en las calles de muchas ciudades europeas toponímicos que lo evocan: calles de curtidores, mercaderes, alfareros, fabricantes de baúles, sombrereros, etc. Este hecho tuvo amplias consecuencias en la configuración de la sociedad y también en la vida de piedad, pensemos en las cofradías, pero no provocó una reflexión por parte de la teología de la época, salvo en el caso de algunos autores más sensibles a lo que estaba aconteciendo a su alrededor.

Pienso en un Iohannes Tauler o en un Maestro Eckhart. Tauler es de hecho el primero que emplea la misma palabra germana, *beruf*, para designar vocación y profesión, uso que seguirá Lutero, que probablemente lo toma directamente de Tauler.

Decía antes que, junto a razones históricas –las que he mencionado–, me llevan a para introducir matices en la citada afirmación del profesor Rhonheimer, y por otros muchos antes de él, otras de carácter teológico. Lutero y Calvino advierten la importancia que el trabajo tiene, y debe tener, en el vivir del hombre cristiano, pero los planteamientos de fondo de su teología les impiden llegar a una plena valoración cristiana del acto de trabajar. Ni para el uno ni para el otro puede haber, propiamente hablando, una santificación del trabajo: la afirmación de la salvación por la sola fe y la exclusión del mérito cierran el camino en esa dirección. Tanto Lutero como Calvino afirman que el cristiano sabe que Dios le llama al trabajo, que el acto de trabajar implica obedecer a Dios, y que el trabajar bien implica cumplir con el querer divino; y, en la perspectiva calvinista, constituye un signo de predestinación. Todo esto da origen a una ética del trabajo, a una fuerte acentuación de las virtudes que implica el trabajar, pero no a una santificación del trabajo propiamente dicha. Ni tampoco a una teología del trabajo.

Completemos el panorama señalando que, por desgracia, la teología católica post-tridentina y barroca, no supo percibir el valor del trabajo, también desde una perspectiva cristiana. La preocupación por defender la vocación monástica y el sacerdocio frente a las críticas de los reformadores y la pervivencia de una estructura fundamentalmente aristocrática, orientaron la atención en otras direcciones. No faltó sensibilidad hacia las realidades sociales del momento, como lo manifiesta –por poner un ejemplo– el hecho de que la escuela de Salamanca, reflexionara a fondo, en los siglos XVI y XVII sobre las cuestiones relacionadas con el comercio y la economía. Pero el trabajo y el proceso de industrialización, entonces incipiente, no atrajeron su atención. Aunque no faltan autores que constituyen una excepción, la realidad es que el trabajo no se hizo presente en la teología católica hasta los siglos XIX y XX.

12. Hemos hecho referencia a diversos documentos del Concilio Vaticano II que exponen con una claridad meridiana la llamada a la santidad, también en la vida secular y por tanto en el trabajo. Hemos mencionado también a Juan Pablo II que a lo largo de todo su Pontificado subraya la realidad del trabajo. Podríamos seguir citando documentos y autores pero ¿no le parece que a pesar de todos estos esfuerzos queda mucho para que el cristiano corriente sea consciente de que puede ser santo en su vida ordinaria y con su trabajo? ¿Qué hay que cambiar o qué hacer para que desaparezca esa ignorancia?

En este campo, como en todos, queda mucho por hacer. En la historia nunca está nada conseguido del todo porque el tiempo pasa, y las situaciones se suceden una a otras, trayendo consigo realidades y problemas nuevos, que cambian el panorama y, en ocasiones, hacen que sea necesario casi recomenzar.

Pero no planteemos un panorama demasiado oscuro. Las grandes doctrinas proclamadas por el Vaticano II y por el magisterio pontificio de estos últimos tiempos, desde Pablo VI hasta el Papa Francisco, el mensaje difundido por san Josemaría Escrivá de Balaguer, las ideas aportadas por otros autores espirituales o por teólogos, los apostolados promovidos por movimientos de muy diverso tipo, etc., han abierto, por así decir, una nueva página en la historia de la valoración cristiana del trabajo. Ese hecho no debe ser olvidado. Aunque al mismo tiempo hay que reconocer que esa página tiene que continuar siendo escrita, de forma que las grandes aportaciones realizadas calen en la historia y en el actuar cristiano de cada día. Y eso es tarea larga.

Larga, porque es necesario no solo que los mensajes sean recibidos y las ideas captadas por las inteligencias, sino que, dando un paso más, lleguen a informar las mentalidades, y a modificar las actitudes y los modos de pensar, proceso que requiere tiempo y que, en el caso del tema que nos ocupa, dista todavía bastante de llegar a madurez. Señalo dos puntos.

En primer lugar, el hecho de que siga presente en bastantes ambientes la tendencia a reducir la eclesialidad a la participación en estructuras eclesísticas, sin advertir que se trata de una realidad mucho más profunda y susceptible de muy diversas concreciones, entre ellas la vida del fiel cristiano que forma una familia, educa cristianamente a sus hijos, acude a la Misa en su parroquia y difunde la fe entre sus parientes, colegas y amigos con su conversación sencilla y el testimonio de su vida coherente.

Y en segundo lugar el que perviva la tendencia a identificar la santidad con lo extraordinario, con lo especial. La realidad teologal es, en cambio, que todo cristiano es santo en virtud del bautismo, que lo libera del pecado y le hace participar de la vida de Cristo, y está llamado a crecer en la santidad entonces recibida; y esto sin límites, llegando hasta la plenitud a que Dios llame a cada uno. Se ha escrito –yo mismo me he hecho eco de esa frase en alguna ocasión– que la historia de la Iglesia es la historia de sus santos, aludiendo con esta expresión al hecho de que la historia cristiana está jalonada por grandes personalidades, cuya santidad ha marcado la fisonomía de diversos países o de largos periodos. Y forma parte del lenguaje común referirse a «los santos» para remitir a cristianos o cristianas que han sido canonizados. Tanto una como otra forma de hablar son legítimas, con tal de que no se pierda de vista el dato fundamental: que todo cristiano está llamado a la santidad.

Las canonizaciones no se encaminan solo a encumbrar a personalidades que han vivido una vida plenamente cristiana, a las que cabe acudir para solicitar su intercesión ante Dios, sino a la vez –mejor, sobre todo– a poner de manifiesto la posibilidad concreta de la santidad y por tanto a estimular la aspiración a realizarla cada uno en su propia vida y según su propia vocación. Por lo demás, los santos canonizados no lo han sido tanto por realizar acciones extraordinarias, cuanto por haber vivido una existencia –en ocasiones dramática o especial, en otros muchos momentos vulgar– inspirada fielmente en el mensaje evangélico. El cristiano, todo cristiano, está llamado a vivir la heroicidad en lo ordinario; una heroicidad que, en algunas circunstancias podrá implicar grandes exigencias o incluso grandes renunciaciones, pero que consiste, sobre todo, en la heroicidad de lo ordinario, en el constante y reiterado perseverar en la fidelidad a Cristo en las tareas y acontecimientos de cada jornada.

Despejadas esas dos cuestiones, volvería a su pregunta: ¿qué hay que hacer para que el mensaje de la llamada universal a la santidad y el de la santificación en medio del mundo, en las circunstancias de la vida y del trabajo cotidiano, penetren en todos los ambientes de la sociedad? Responderé de forma muy breve: hay ciertamente, que proclamar y glosar esas verdades, de palabra y por escrito, mostrando sus implicaciones éticas, eclesiológicas y espirituales, pero sobre todo hay que vivirlas. Porque es de esa forma como los grandes ideales se encarnan en la historia. Y como están llamados a encarnarse en la civilización presente. Incluso, me atrevería a decir, sobre todo en la civilización presente. Vivimos una etapa de la historia fuertemente marcada, de una parte, por un constante desarrollo tecnológico y, de otra, por la tentación del nihilismo con la consiguiente banalización de la existencia y la difusión de una cultura de la indiferencia. En ese contexto el testimonio de una vida cristiana auténtica, en general y concretamente en el trabajo, adquiere una singular importancia.

1. Cfr.: En la siguiente web aparecen todas las publicaciones de Illanes: <http://www.unav.es/tmoral/curriculum/illanes/default.html>. Además de las ya citadas, queremos destacar: A) Libros: *Cristianismo, Historia, Mundo*, col. «Teológica», Eunsa, Pamplona, 1973; *Progresismo y Liberación* (en colaboración con P. Rodríguez), Eunsa, Pamplona, 1975; *Mundo y santidad*, col. «Patmos», Rialp, Madrid, 1984; *Historia de la Teología* (en colaboración con J. I. Saranyana), BAC, Madrid, 1ª ed., 1995; *Iglesia en la historia. Estudios sobre el pensamiento de Juan Pablo II*, Valencia: Edicep, 1997; *Historia y sentido. Estudios de Teología de la historia*, Rialp, Madrid, 1997; *Desafíos teológicos de la nueva evangelización. En el horizonte del tercer milenio*, Palabra, Madrid, 1999; *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona, 2003; *Tratado de Teología Espiritual*, Eunsa, Pamplona, 2007; *Cristo Esperanza del mundo. Riflessioni sull'enciclica «Spe salvi»*, Ares, Milano, 2010 (trad. castellana revisada y ampliada: Cristo, esperanza del mundo. Reflexiones sobre la encíclica *Spe salvi*, Madrid, 2011); «*Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*». Edición crítico-histórica, edición crítica, con introducción y notas, preparada en colaboración con Alfredo Méndiz, Rialp, Madrid, 2011. B) Dirección de obras colectivas: «El cristiano en el mundo. En el centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá (1902-2002)». *Actas del XXIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra (dir)*, Pamplona, 2003. C) Artículos en revistas científicas, de investigación o ensayo. Debido al extenso número de publicaciones, más de 110, citaremos algunos de los más recientes: «Trabajo y vida cristiana en San Agustín», *Revista agustiniana* 38 (1997) 339-377; «Capitalismo y doctrina social de la Iglesia. El juicio de Juan Pablo II», *Oikos Nemo. Documentos de trabajo* 6 (1998); «Interpretación teológica de la historia y espiritualidad», *Scripta Theologica* 33 (2001) 623-648; «¿Qué significa «santificar el trabajo»?», *Pensamiento y cultura* (2002) 71-77; «La secularidad como actitud existencial», *Anuario filosófico*, 35 (2002) 553-579; «La contemplación de Dios en la tradición cristiana: visión sintética», *Scripta Theologica* 37 (2005) 761-796; «Aspectos filosóficos y teológicos en la recepción de la *Evangelium vitae*», *Scripta Theologica* 37 (2005) 837-848; «Iglesia, sociedad y política según J. Ratzinger», *PATH* 6 (2007) 221-238; «Experiencia cristiana y sentido de la filiación divina en san Josemaría Escrivá de Balaguer», *PATH* 7 (2008) 477-493; «Obra escrita y predicación de San Josemaría Escrivá de Balaguer», *Studia et documenta* 3 (2009) 203-276. Ver también: E. CARLIER, «Recensión sobre: La santificación del trabajo», *Palabra*, 446 (2001) 453; P. CASAS, «Recensión sobre: La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad», *Scripta Theologica* XXXIV, 34/3 (2002) 1004; C. COMPADRE, «Recensión sobre: La santificación del trabajo», *Naturalaleza y gracia: publicación de los profesores de la Provincia Capuchina de Castilla* XXVII, 27/3 (1980) 749; C. GARCIA, «Recensión sobre: Tratado de Teología Espiritual», *Burgense: collectanea scientifica* XLVIII, 48/2 (2007) 569-571; J. C. GIMENO, «Recensión sobre: Tratado de Teología Espiritual», *Teología Espiritual: revista cuatrimestral de los Estudios Generales Dominicanos de España*, LII, 156 (2008) 487-488; M. A. MARTÍNEZ, «Recensión sobre: Tratado de Teología Espiritual», *Ciencia To-*

- mista CXXXV, 436 (2008) 396-397; J. OROZ, «Recensión sobre: La santificación del trabajo», *Augustinus: revista trimestral publicada por los Padres Agustinos Recoletos* XXVII, 107-108 (1982) 397; M. A. PENA, «Recensión sobre: Tratado de Teología Espiritual», *Salmanticensis: commentarius de sacris disciplinis*, LV, 55/2 (2008) 371-372; J. I. SARANYANA, «Recensión sobre: La santificación del trabajo», *Nuestro Tiempo*, LIII, 316 (1980) 78-79; J. VIVES, «Recensión sobre: Tratado de Teología Espiritual», *Actualidad bibliográfica de filosofía y teología: selecciones de libros* XLIV, 88 (2007) 256-257.
2. Cfr. J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997, 12.
 3. J. BOSCH, «Illanes José Luis», en *Diccionario de Teólogos/as Contemporáneos* (2004) 529-534; S. MARTÍNEZ, «Conversación en Pamplona con José Luis Illanes», *Anuario de Historia de la Iglesia* 22 (2013) 359-402; Página web, consultada el 13.8.2013: <http://www.unav.es/tmoral/curriculum/illanes/default.html>.
 4. Cfr. J. HERRANZ, *En las afueras de Jericó. Recuerdos de los años con san Josemaría y Juan Pablo II*, Rialp, Madrid, 2007, 118-119.
 5. J. ESCRIVÁ, Carta 9-I-1932, n. 92. Citado por A. VAZQUEZ DE PRADA, en *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, Rialp, Madrid, 1997, 304. La aclaración del paréntesis es nuestra.
 6. Además de las obras de Illanes que estamos citando, se puede cfr.: E. BURKHART y J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría*, vol. III, Rialp, Madrid, 2013, 134-221; A. ARANDA, «Trabajo diario santificado y santificador. Sobre la contribución de san Josemaría Escrivá a la espiritualidad y a la teología», en *Actas del IV Simposio Internacional Fe cristiana y Cultura contemporánea «Trabajo y Espíritu»*, Eunsa, Pamplona, 2004, 19-44; H. FITTE, *Algunos estudios teológicos sobre el trabajo en la primera mitad del siglo XX. Elementos para contextualizar la doctrina del Beato J. Escrivá*, en *La grandezza della vita quotidiana. IV, Lavoro e vita quotidiana*, a cura di Giorgio Faro, Edizioni Università della Santa Croce, Roma, 2003; F. OCÁRIZ, «El concepto de santificación del trabajo», en A. SARMIENTO *et al.*, *La misión del laico en la Iglesia y en el mundo, VIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1987, 881-891; P. RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, Eunsa, Pamplona, 1986.
 7. Cfr. A. ARANDA, *Es Cristo que pasa. Homilias. S. Josemaría Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid, 2013, 28-32.
 8. J. L. ILLANES (coord.), «Trabajo, santificación del», en *Diccionario de san Josemaría Escrivá de Balaguer* (2013) 1209.
 9. Cfr. J. L. ILLANES y A. MÉNDIZ, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid, 2011, 293-351.
 10. Cfr. *ibid.*, 340 y 342.
 11. Cfr. *ibid.*, 340-343.
 12. J. L. ILLANES y A. MÉNDIZ, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid, 2011, 171-172.
 13. A. ARANDA, *Es Cristo que pasa. Homilias. S. Josemaría Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid, 2013, 22: «*Es Cristo que pasa* ha de ser considerado como un libro que, en sí mismo y en todos sus pasos previos, dice relación directa a la propagación y consolidación por el mundo del ideal de la santidad cristiana a través del trabajo y demás actividades de la existencia cotidiana, en que consiste el mensaje fundacional de su autor».
 14. Cfr. *LE*, n. 26.
 15. J. L. ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Eunsa, Pamplona, 2007, 319.
 16. *Ibid.*, 530.
 17. J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997, 50.
 18. Cfr. J. DAVID, *Teología de las realidades terrenas*, en FEINER, J.; TRÜSCH, J. y BÜCKLE, F. (dirs.), *Panorama de la Teología actual*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1961, 680-700.

19. Cfr. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, 10ª ed. revisada y actualizada, Palabra, Madrid, 2001, 188.
20. J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997, 32.
21. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, 10ª ed. revisada y actualizada, Palabra, Madrid, 2001, 193.
22. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, 7ª ed. aumentada, Palabra, Madrid, 1980, 174.
23. cfr. J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997, 28-29.
24. Cfr. J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una Teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997, 227-230.
25. *Ibid.*, 230.
26. *Gaudium et spes*, n. 34: «Esta enseñanza vale igualmente para los quehaceres más ordinarios. Porque los hombres y mujeres que, mientras procuran el sustento para sí y su familia, realizan su trabajo de forma que resulte provechoso y en servicio de la sociedad, con razón pueden pensar que con su trabajo desarrollan la obra del Creador, sirven al bien de sus hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia».
27. Cfr. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, 10ª ed. revisada y actualizada, Palabra, Madrid, 2001, 193-195.
28. Cfr. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, 10ª ed. revisada y actualizada, Palabra, Madrid, 1980, 176.
29. Cfr. J. L. ILLANES, «La contemplación de Dios en la tradición cristiana: visión sintética», *Scripta Theologica* 37 (2005) 761-796.
30. Cfr. J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una Teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997, 32-33.
31. *Ibid.*, 33.
32. *Ibidem*.
33. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, 10ª ed. revisada y actualizada, Palabra, Madrid, 2001, 196.
34. Cfr. J. L. ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Eunsa, Pamplona, 2007, 318-319.
35. A. ARANDA, *Es Cristo que pasa. Homilias. S. Josemaría Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid, 2013, 927. La nota a pie de página recoge el n. 2 de la carta 9-I-1932, de san Josemaría que, a modo autobiográfico, dice: «(...) A la vez, vio con claridad la significación que el Señor, en aquel momento, quería dar a esas palabras de la Escritura: hay que poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. Entendió claramente que, con el trabajo ordinario en todas las tareas del mundo, era necesario reconciliar la tierra con Dios, de modo que lo profano –aun siendo profano– se convirtiese en sagrado, en consagrado a Dios, fin último de todas las cosas».
36. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, 7ª ed. aumentada, Palabra, Madrid, 1980, 178-179.
37. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, 10ª ed. revisada y actualizada, Palabra, Madrid, 2001, 200.
38. J. L. ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Eunsa, Pamplona, 2007, 22.
39. J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una Teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997, 43.
40. *Ibid.*, n. 44.
41. *Ibidem*.
42. P. RODRÍGUEZ, *Camino. S. Josemaría Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid, 2002, n. 291.
43. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, 10ª ed. revisada y actualizada, Palabra, Madrid, 2001, 90.

44. J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una Teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997, 45.
45. Cfr. A. ARANDA, *Es Cristo que pasa. Homilias. San Josemaría Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid, 2013, 354-355, n. 46.
46. J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una Teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997, 46: «¿De qué manera, dominando la faz de la tierra, podrá el hombre plasmar en ella su rostro espiritual?», se preguntaba el entonces Cardenal Karol Wojtyła en una conferencia pronunciada en 1974. «Podemos responder a esta pregunta –continuaba– con la expresión tan feliz y ya tan familiar a gentes de todo el mundo, que Mons. Escrivá de Balaguer ha difundido desde hace tantos años: santificando cada uno el propio trabajo, santificándose en el trabajo y santificando a los demás con el trabajo». Esta conferencia junto con otros textos está recogida en el libro *La fe de la Iglesia. Textos del Card. Karol Wojtyła*, Pamplona 1979, las frases citadas están en las pp. 94-95.
47. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, 10ª ed. revisada y actualizada, Palabra, Madrid, 2001, 105.
48. *Ibid.*, 104.
49. J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una Teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997, 49.
50. *Ibid.*, n. 50.
51. Cfr. J. L. ILLANES, *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona, 2003, 179-180.
52. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, 10ª ed. revisada y actualizada, Palabra, Madrid, 2001, 118.
53. J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una Teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997, 50.
54. J. L. ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Eunsa, Pamplona, 2007, 539.
55. *Ibid.*, 540.
56. Cfr. J. L. ILLANES, *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona, 2003, 181-182.
57. J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una Teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997, 46.
58. *Ibid.*, n. 47.
59. *Ibid.*, n. 234.
60. J. ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid, 1979, n. 64.
61. *Ibid.*, n. 47.
62. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, 10ª ed. revisada y actualizada, Palabra, Madrid, 2001, 103. El entrecomillado es de *Amigos de Dios*, n. 62.
63. Cfr. J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una Teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 1997, 49.
64. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, 10ª ed. revisada y actualizada, Palabra, Madrid, 2001, 158-159.
65. Cfr. J. L. ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Eunsa, Pamplona, 2007, 541-544.
66. J. L. ILLANES y A. MÉNDIZ, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid, 2011, 493.
67. *Ephemerides Theologicae Lovanienses* 44 (1968) 675.

Índice del Excerptum

PRESENTACIÓN	151
NOTAS DE LA PRESENTACIÓN	161
ÍNDICE DE LA TESIS	163
BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS	167
HACIA UNA TEOLOGÍA ESPIRITUAL DEL TRABAJO: JOSÉ LUIS ILLANES	175
1. APUNTES BIOGRÁFICOS	176
2. LA FUENTE: EL ESPÍRITU DEL OPUS DEI	177
3. LA RELACIÓN ENTRE TEOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO	181
a) Espiritualidad del trabajo	181
b) Teología del trabajo	182
c) Relación entre teología y espiritualidad del trabajo	183
4. HACIA UNA TEOLOGÍA DEL TRABAJO	183
4.1. El concepto teológico de trabajo	183
4.2. Los elementos para una teología del trabajo	185
a) Trabajo y construcción del cosmos	185
b) Trabajo y vocación	186
c) Trabajo y escatología	187
d) Trabajo y dolor	189
5. TRABAJO Y VIDA ESPIRITUAL	190
a) Santificar el trabajo	192
b) Santificarse en el trabajo	194
c) Santificar con el trabajo	195
ANEXO	198
NOTAS	213
ÍNDICE DEL EXCERPTUM	217